

La guerra entre México y Estados Unidos en los calendarios de mediados del siglo XIX

En Estados Unidos de Norteamérica surgió, hace ya varios años, el interés por escribir, desde la perspectiva iconográfica, historias de la guerra México-norteamericana de 1846-1848. Esto ha llevado a los especialistas a incluir los calendarios mexicanos ilustrados como una fuente de primera mano. En México se han utilizado algunas de esas imágenes para enriquecer y volver más atractivas las narraciones sobre la invasión norteamericana. Sin embargo, muchas de esas ilustraciones han quedado desvinculadas de la publicación en la que originalmente aparecieron o, en el mejor de los casos, puede leerse una escaleta leyenda al pie de las mismas que ocasionalmente menciona la colección documental a la que pertenecen.¹

Por otro lado, las investigaciones que se han realizado sobre la prensa mexicana, si bien no dejan de reconocer la importancia de los calendarios como uno de los principales productos editoriales de mediados del siglo XIX, el análisis que ofrecen se orienta más bien hacia los aspectos técnicos y artísticos² de los mismos. Aunado a lo anterior, y en algunos proyectos de investigación, la pesquisa se centra ya sea en el quehacer de un editor o de un impresor en particular, de cuya producción muchas veces forman

Laura Herrera Serna. Licenciada en Historia, investigadora del Museo Nacional de las Intervenciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

¹Entre los primeros estudiosos norteamericanos que se dieron a esta tarea se encuentra Ronnie Tyler, *The Mexican War. A Lithographic Record*. Austin, Texas: State University Association, 1973, y entre los más recientes está el trabajo de Martha A. Sandweiss y Ben W. Huseman, *Eyewitness to War. Prints and Daguerrotypes of the Mexican War, 1846-1848*. Hong Kong: South China Printing Co. / Amon Carter Museum, 1989.

²Tenemos, por ejemplo, el estudio de Enrique Fernández Ledesma, *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México. Impresos del siglo XIX*. México, publicado originalmente por Bellas Artes en 1934-1935 y reeditado por la UNAM en 1991.

parte los calendarios, o bien en rastrear los artículos de un autor en diversas publicaciones.³

El libro de Isabel Quiñones *Mexicanos en su tinta: calendarios*⁴ es, en cambio, un estudio específico y erudito de esos "librejos", al haberles seguido la pista desde sus remotos antecedentes en el siglo XVI hasta prácticamente su desaparición a fines del XIX. La obra arroja luz sobre editores, impresores e ilustradores de calendarios, al igual que sobre las características de su factura y, desde luego, de sus contenidos. Al seleccionar artículos de ese vasto universo y destacar su relevancia, Isabel Quiñones realza el valor del calendario en sí mismo como una rica fuente documental que permite conocer el pensamiento, los intereses y los sentimientos de la sociedad de aquellos tiempos, en virtud de que era la única literatura que llegaba a la población más pobre gracias a su bajo costo, promedio de un real.* Es sabido que los calendarios se imprimían por millares, que llegaban a los lugares más recónditos y que frecuentemente se podían encontrar de tres a cuatro ejemplares diferentes en cada hogar.

El tema de nuestro interés llevó a la multicitada autora a escribir un apartado específico titulado "La patria enferma: un collage sobre la guerra con Estados Unidos". Ahí ofrece al lector una muestra de las colaboraciones más representativas, subrayando aspectos sobresalientes de los editores y de las propias narraciones.

Con base en estos antecedentes, el presente trabajo no tiene la pretensión de abordar los calendarios como objeto de estudio, sino que más bien busca recuperar la variedad de contenidos (narración histórica, crónica, discurso, poesía, obra teatral, efeméride, sátira e imagen) relacionados con el tema de la guerra México-norteamericana, y analizarlos en el contexto en el que se publicaron año con año, esto es, la ciudad de México desde 1846 hasta 1857. En suma, en el marco histórico que se sitúa entre la gue-

³Entre otros proyectos se encuentra el que coordina Laura Suárez de la Torre, así como las varias investigaciones que ha realizado María del Carmen Ruiz Castañeda en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

⁴Isabel Quiñones, *Mexicanos en su tinta: calendarios*, México: INAH, 1994. (Col. Obra Diversa). Véase también de la misma autora: "Calendarios", en *Historias*, México: INAH, núm. 27, oct. 1991 - mar. 1992, p. 121-126.

*Un real equivalía a 1/8 de un peso. Viene al caso señalar que el ejemplar de un diario tenía el mismo precio.

tra con Estados Unidos y la época de la Reforma. La intención es conocer, a través de un somero análisis historiográfico de los materiales, el punto de vista de los colaboradores, los editores y la opinión que formaron entre sus lectores, y percibir la visión que la gente común tuvo sobre el conflicto bélico. Por otra parte, también se busca revalorar al calendario como una fuente primaria para el estudio de la guerra entre México y Estados Unidos. Con ese propósito y para complementar el análisis propiamente dicho, se incluye un anexo en el cual se reproducen las imágenes publicadas, acompañadas de textos seleccionados que las explican. En este caso, las estampas se presentan de acuerdo con la sucesión de los hechos, de manera que el lector siga una secuencia cronológica.

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Felipe de Zúñiga y Ontiveros imprimió el calendario más antiguo que se conozca a la fecha, era común el formato práctico "manual" y "portátil", de tal manera que el lector podía llevarlo en el bolsillo y consultarlo todos los días del año.

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Felipe de Zúñiga y Ontiveros imprimió el calendario más antiguo que se conozca hasta la fecha, era común el formato práctico "manual" y "portátil", de tal manera que el lector podía llevarlo en el bolsillo y consultarlo todos los días del año. Se trataba de librillos cuyas dimensiones eran de 14 a 15 cm de alto por 8 a 10 cm de ancho, y cuya tipografía era igualmente pequeña y adecuada a esas proporciones. Con el paso de los años comenzaron a aparecer algunas innovaciones, como por ejemplo las cubiertas de colores, la inclusión de viñetas, estampas litográficas y grabados que los volvieron más atractivos, en particular aquellos calendarios dirigidos a un grupo específico de la sociedad, como el de las señoritas, los jóvenes o bien los niños.⁵

En cuanto a su contenido, el santoral siempre fue lo sustantivo: se encontraba en la primera parte del calendario y en ocasiones lo abarcaba por completo. Lo

⁵Quiñones, *Mexicanos...*, p. 23 y sigs.

que sí fue variando con el tiempo fue el tipo de información que se incluía en el resto de las páginas. Así fueron apareciendo textos que versaban sobre literatura, música, moral, historia sacra, moda, estadística, geografía, astronomía y etnografía. Asimismo, se podían encontrar consejos y anécdotas, entre otros varios, cuya finalidad, según lo advertían los propios editores, era servir de guía al lector en aspectos de la vida cotidiana. No obstante, y sobre todo después de la guerra de Independencia, ciertos textos trascendieron esas fronteras, ya que a través de los mismos se buscó fomentar la conciencia nacional y contribuir al engrandecimiento de la joven República.

La historia, entonces, llegó a ocupar un sitio importante en esas publicaciones. El rescate de biografías y hechos sobresalientes del esplendor prehispánico y de las acciones memorables de los héroes que nos dieron patria, probablemente tuvo que ver con el esfuerzo de los historiadores contemporáneos por ofrecer narraciones que fomentaran el orgullo nacional e impulsaran la unidad de los mexicanos en torno a un proyecto de desarrollo promisorio. De hecho, los calendarios mantuvieron esa línea editorial; en su esquema no tenía cabida la discusión o la denuncia de cuestiones de actualidad y, por lo tanto, hasta bien entrada la década de los años cuarenta en ninguno de ellos se exhibió ni al gobierno ni al ejército por la desastrosa campaña de Texas. Tampoco dieron cuenta del peligro que representaba la inminente anexión de aquel estado a la Unión Americana, a pesar de que la prensa periódica y las revistas políticas informaban de los traspies y titubeos del gobierno mexicano, que anunciaban muy graves consecuencias, sobre todo cuando el general Zachary Taylor ya había invadido el territorio mexicano a mediados de 1845. Lo cierto es que en ninguno de los calendarios que circulaban por ese entonces en la metrópolis se hizo la menor alusión al asunto.⁶

⁶De acuerdo con la información disponible, para 1847 sólo se publicaron los calendarios de Galván, Navarro, Ontiveros, López, Lara y Cumplido. En los siguientes años se incrementó notablemente su número, al grado de que para 1850 ya circulaban 20 calendarios en la ciudad, según lo asienta el *Calendario de la democracia, dedicado al pueblo mexicano. Año 1851, primero de su publicación*. México: Imp. Leandro Valdés, 1850, p. 3.

II

No fue sino hasta fines de 1846 —con nuestros puertos bloqueados, los territorios de Nuevo México y California invadidos, el ejército mexicano habiendo sufrido los descalabros de Palo Alto y Resaca de Guerrero, y Tamaulipas y Monterrey sometidos ya por el general Taylor—, cuando el editor toluqueño Abraham López instauró la modalidad de incluir artículos sobre los acontecimientos políticos recientes al publicar, en su calendario para el año de 1847, una reseña titulada "La entrada del general Santa Anna a la capital".⁷

Esa reseña, salida muy probablemente de la pluma del propio editor —como lo indica ocasionalmente en el pie de imprenta—, está escrita en un lenguaje llano que raya en lo coloquial. El autor describe con lujo de detalles el acontecimiento y se pronuncia decididamente a favor del retorno al régimen federal. Califica de nefasto el último decenio de dominio centralista, celebrando el derrocamiento del gobierno pro monarquista de Mariano Paredes. No sin ironía, destaca el contraste entre la expulsión del general Antonio López de Santa Anna en 1844 y el boato y algarabía popular que reinaron en la ciudad a su regreso en septiembre de 1846 [il. 1].* A su entender, esa situación respondía al hecho de que todos los sectores habían depositado sus esperanzas en Santa Anna para expulsar al invasor norteamericano del suelo patrio. Sin embargo, López manifiesta sus reservas hacia el caudillo, quien para la fecha de publicación del calendario se encontraba organizando su ejército en San Luis Potosí, con miras a combatir al de Taylor. El autor expresa entonces una advertencia que resultó premonitrice: "solamente le decimos [a Santa Anna] que si obra de buena fe, Dios lo premie; pero si engaña a la nación, esta misma lo castigue".⁸

Por su parte, en su calendario para 1847 el editor Santiago Pérez introdujo un "Itinerario razonado de

⁷Noveno calendario de Abraham López... para el año de 1847. México: Imp. del autor, 1846, p. 53-58.

⁸Ibid., p. 58.

*El suplemento del presente Boleín se ha formado con las ilustraciones a que se hace referencia en este artículo. El lector debe remitirse a las ilustraciones de acuerdo con la numeración correspondiente.

Varios editores habían salido de la ciudad antes de la llegada de los estadounidenses; entre ellos estaba José Mariano Lara quien, con la firme decisión de no permanecer en territorio invadido, puso su imprenta al servicio del gobierno asilado en Querétaro.

la ciudad de San Luis Potosí al Río Sabina por el Saltillo", probablemente con la finalidad de que sus lectores tuvieran una idea de la ruta y las características del terreno por donde pasaba entonces el ejército mexicano para encontrarse con las tropas del general Taylor.⁹

Empero, todas las esperanzas se fueron al pozo en aquel aciago año de 1847: el enemigo derrotó a Santa Anna en La Angostura. La rebelión de los polkos, financiada por el alto clero católico, impidió enviar auxilios a los defensores de Veracruz y la plaza se vio obligada a capitular. Sobrevinieron el desastre de Cerro Gordo, la toma de Puebla sin resistencia y la llegada de los invasores a la cuenca de México: Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, combates todos en los que las fuerzas mexicanas resultaron derrotadas. Después la ciudad fue abandonada por su ejército, los norteamericanos entraron en ella y la resistencia popular finalmente fue controlada con la fuerza de las armas y la ley marcial. El ejército de ocupación sentó sus reales en la gran capital, sometiendo a su población y obligándola a cohabitar con él.

Varios editores habían salido de la ciudad antes de la llegada de los estadounidenses; entre ellos estaba José Mariano Lara quien, con la firme decisión de no permanecer en territorio invadido, puso su imprenta al servicio del gobierno asilado en Querétaro. Otros ausentes retornaron a la capital cuando la situación se había calmado un poco, como fue el caso de Ignacio Cumplido. Ninguno de estos dos importantes empresarios abordó en sus calendarios el asunto de la guerra, quizá porque no consideraron pertinente ahondar en la herida abierta. Lo mismo sucedió con muchos intelectuales, que guardaron silencio y se sumieron en un duelo profundo ante la debacle.

En cambio, hubo editores e impresores que permanecieron en la capital y fueron testigos de los acontecimientos. Algunos de ellos publicaron en sus ca-

⁹Calendario de Ontiveros... para 1847. México: Imp. de la calle del Ángel núm. 2, 1846, p. 3-13.

lendarios noticias sobre lo que sucedía en aquellos días; aunque hubo otros más que continuaron trabajando en sus talleres durante la ocupación sin prestar mayor atención a los hechos recientes, e incluso no faltó quien pusiera sus prensas a disposición de los invasores.

Hacia fines de 1847 no se vislumbraba la posibilidad de que el gobierno llegara a un acuerdo con Estados Unidos, por lo que el presidente James K. Polk endureció su política de ocupación, primero ordenando que los gastos de su ejército fueran cubiertos por los mexicanos. A continuación su comandancia brindó su apoyo a una fracción de los puros que asumió el Ayuntamiento de la ciudad de México y que pretendía declarar autónomo al Distrito Federal. Y por último, el invasor extendió su operativo militar a otras ciudades como Cuernavaca, Toluca y Pachuca, amenazando invadir todo el territorio si el gobierno mexicano no se sentaba a negociar el tan deseado nuevo tratado de límites.

En aquellos días todo hacía temer la posibilidad de una desintegración nacional: algunos estados se negaban a colaborar con hombres y numerario para reorganizar el ejército, en tanto que otros se declaraban en franca rebeldía ante las autoridades federales de Querétaro. En esas condiciones, el gobierno se encontraba aislado y sin recursos económicos, imposibilitado para levantar un ejército que continuara la defensa y sin capacidad de convocatoria para reunir al Congreso, única instancia facultada para sancionar un acuerdo de paz.

En ese contexto de incertidumbre salieron a la luz algunos calendarios para 1848 en los que, aparte del obligado santoral y asuntos diversos, se incluyeron artículos históricos, así como otro tipo de inserciones de variada naturaleza, con la intención de divulgar los acontecimientos recientes entre amplios sectores populares. En cuanto a las narraciones propiamente históricas, a pesar de que aparecen sin firma, el mé-

En ese contexto de incertidumbre salieron a la luz algunos calendarios para 1848 en los que, aparte del obligado santoral y asuntos diversos, se incluyeron artículos históricos, así como otro tipo de inserciones de variada naturaleza.

¹⁰Publicada originalmente por el gobernador del Estado de México, Francisco de Olaguibel, el 27 de agosto, y reproducida por *El Monitor republicano*, México, 10. de octubre de 1847.

¹¹*The North American*, México, 19, 22 y 29 de octubre, y 13 de noviembre de 1847. En su número del 14 de diciembre reprodujo un comunicado publicado por *El Monitor republicano* con el título "El pueblo al general Santa Anna", en el que se incluyeron tres documentos con objeto de demostrar la traición del general a México para ser liberado luego de la desastrosa campaña de Texas: el tratado secreto de Velasco, la salutación a los texanos y una carta dirigida al presidente Andrew Jackson. La biografía y sus anexos fueron recitados por T. Uribe, Estampa de Jesús María núm. 7, México, 1847, y posteriormente por Vicente García Torres en 1849 y 1857; en esta edición incluyó una segunda parte, que llega hasta la última administración del caudillo.

¹²Varios autores, *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847*. México: Valdés y Redondas, 1848. El historiador George Baker atribuye la autoría de este folleto a Miguel Lerdo de Tejada en su artículo "Una propuesta mexicana para la ayuda militar norteamericana o sea un recuerdo del liberalismo mexicano desconocido," en *Anuario de Historia*. México: UNAM, VII, 1976, p. 259-260.

¹³Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*. México: Imp. de Vicente García Torres, 1847. Concebida originalmente en tres tomos, sólo vieron la luz los dos primeros, quizá más por falta de suscriptores que por voluntad del editor y, por supuesto, del autor, quien murió apenas tres meses después de la evacuación del ejército norteamericano.

todo, la interpretación de los hechos y el estilo hacen suponer que varios editores contaron con la colaboración de historiadores o escritores reconocidos, afines a su filiación ideológica, aunque también es probable que uno que otro de esos editores haya sido autor de algún artículo. En todo caso, es incuestionable su conocimiento de las fuentes de primera mano como eran los bandos, decretos, proclamas y planes, así como de otros documentos oficiales, de la prensa local y de los estados, de folletería, pasquines y hojas sueltas y, particularmente, de testimonios orales.

Es muy probable que los autores abrevaran también en las publicaciones que sobre la guerra aparecieron en los últimos meses de 1847, como la *Acusación del Sr. diputado Ramón Gamboa al general Antonio López de Santa Anna por la campaña sostenida frente al ejército de Estados Unidos*;¹⁰ la "Biografía del general Santa Anna," escrita por "un respetable mexicano" bajo el seudónimo de "La sombra de Mejía" y publicada por *The North American*;¹¹ el folleto titulado *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847*, firmado por varios autores,¹² y la obra de Carlos María de Bustamante *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*.¹³ En su *Acusación...* Gamboa señala como principal responsable del rosario de derrotas a Santa Anna y exige al Congreso que lo someta a juicio militar. En la biografía de Santa Anna, escrita a principios de 1847, cuando el general en jefe se hallaba organizando al ejército en San Luis Potosí, el autor afirma que el hecho de habersele nombrado presidente primero y luego comandante general del ejército, cifrando en él todas las esperanzas, es un craso error, vistas las traiciones, oportunismo e incapacidad militar, de quien denomina "ilustre héroe de las 40 derrotas". Propone que se le deponga de la primera magistratura y se le releve de la jefatura militar pues, de otra manera, advierte, a México le depara un terrible destino; sus

Palabras fueron proféticas. Termina convocando a los mexicanos patriotas a reflexionar y a hacer a un lado el miedo y luchar contra el enemigo, con la consigna "¡Mueran los yankees! ¡Muera el tirano Santa Anna, y viva la federación!". Las *Consideraciones...* incluyen un análisis descarnado de las condiciones del país, para concluir que México no tenía forma de responder eficazmente a la agresión extranjera; y en *El nuevo Bernal...* se hace un recuento de la campaña defensiva desde mayo de 1846 hasta julio del año siguiente, siendo el blanco de los ataques el general Santa Anna, al que se señala como cómplice del gobierno norteamericano, y se califica al sector militar de oportunista, inepto y corrupto.

Al igual que los autores de las obras mencionadas, aquellos que colaboraron en los calendarios en los artículos históricos sobre la temática hicieron ostensible su profunda preocupación por el futuro de la República, y recurrieron a la historia como elemento clave para explicar el estado de postración en que se encontraba el país, sometido para aquel entonces al ambicioso invasor yanqui.

Así, por ejemplo, Mariano Galván presentó el artículo titulado "Apuntes para la historia de los pronunciamientos en México"¹⁴ con el afán de que esos hechos no cayeran en el olvido pues —aseguró—, los pueblos debían tener memoria de los trastornos y revoluciones que han sufrido para conocer las necesidades y tendencias y, con base en ellas, buscar la felicidad pública. El artículo arrancaba con el levantamiento que derrocó a Iturbide y seguía con todos los pronunciamientos ocurridos, tanto de filiación yorkina y escocesa, como federalista y centralista, hasta llegar al levantamiento de Santa Anna en 1832. A través de un cuidadoso recuento, Galván dejaba entrever su simpatía por el sistema monárquico y ponía de manifiesto el gran error que había representado el derrocamiento del primer Imperio, pues había dado pie a la cadena de pronunciamientos mili-

¹⁴ *Calendario de Galván, para el año bisiesto de 1848*. México: Librería núm. 7 del Portal de Mercaderes. 1847, p. 43-67.

tares. En opinión del autor, esos pronunciamientos no habían sido otra cosa sino la expresión misma de los intereses de clase y regionales que habían conducido a México a la anarquía. En otras palabras —concluía—, sin gobierno y sin instituciones, ninguna nación podía hacer frente con éxito a una agresión extranjera. En este calendario se incluye una litografía que ilustra claramente el pesimismo que privaba con respecto a la situación nacional [il. 2].

Por su parte, en su calendario para ese año Abraham López, a la vez que incluye en las notas cronológicas un recordatorio de lo ocurrido el 19 y el 20 de agosto de 1847,¹⁵ advierte a sus contemporáneos el deseo de dejarles unos apuntes históricos sobre la guerra con Estados Unidos, escritos con "sinceridad e imparcialidad", y en donde los actores involucrados se presentan con sus "verdaderos colores e hipocresías". Para lograr tal intención, ofrece esos apuntes en forma de una obra de teatro, que más adelante titula *El gran drama trágico de la República Mexicana*. En lo que sería el primer acto aparece el artículo "Revolución de los polkos, o la cruzada de México en el siglo XIX":¹⁶ se trata de una crónica pormenorizada de la rebelión contra el gobierno de Valentín Gómez Farías, y que va del 27 de febrero al 23 de marzo de 1847.

El relato es una crítica devastadora a la Iglesia por la defensa que hacía de sus propios intereses a costa de los de la nación, y por fomentar el establecimiento de una monarquía extranjera. En cuanto a los polkos —que formaban parte de los cuerpos de la guardia nacional capitalina—, López los llama "cruzados" por escudarse en la defensa de la religión. Compara a quien los encabezaba, el general Matías de la Peña y Barragán, con Pedro el Ermitaño, aunque establece la diferencia de objetivos: mientras éste fue a luchar para rescatar el Santo Sepulcro de manos de los infieles, aquél lo hizo para defender los bienes del "estado eclesiástico". El autor define el origen de los polkos y los califica de viles imitadores de

¹⁵Décimo calendario de Abraham López... para... 1848. México: Imp. Tipográfica del autor, 1847, s. p.

¹⁶Ibid., p. 37-54.

los miembros del ejército, que lo único que saben hacer es pronunciarse como una forma de ocultar su terror ante la necesidad de enfrentar al enemigo en Veracruz. En forma burlona caracteriza a los diferentes batallones, en especial al Victoria:

... se componía de la gente más rica, de la nobleza de pergaminos colorados y verdes... Se presentaban con el mayor lujo posible, teniendo que llevar un cargador para que les condujera su fusil al cuartel, o alquilaban un simón* para el mismo servicio. Usaban guantes para no lastimarse las manos con las armas de munición; portaban muchos anteojos, al estilo de frailes del Carmen porque eran miopes; se peinaban a la romántica, con rizos, raya partida, pomadas, corsés, etc., jamás habíamos visto un regimiento tan elegante.¹⁷

La crónica concluye con los acuerdos entre la Iglesia y Santa Anna, quien abrogó los decretos de bienes de manos muertas y puso fin a la rebelión. Su balance: unos cuantos inocentes civiles muertos en las calles, puesto que los polkos se parapetaron en ridículas trincheras ambulantes —a las que describe detalladamente— [il. 3]; enormes recursos económicos y bélicos desperdiciados y, lo peor, la población capitalina que trata como héroes a los que fueron incapaces de defender a la patria. Esto último lo destaca mediante versos que rescata de la jerga popular:

Decid cuál el triunfo ha sido
Que los Polkos obtuvieron
Ninguno; sólo impidieron
Vencer al yankee enemigo.
El gobierno disponía
De Veracruz la defensa

Y los Polkos se oponían
Por cruzados ¡qué vergüenza!
¿Y así coronas brindáis
Al que a la traición excita?
Cada Polko a quien las dáis
¡Qué horror! La justicia necesita.¹⁸

En otro apartado titulado "Primer entremés", López denuncia la cobardía que jefes y oficiales mexicanos mostraron en Cerro Gordo, al salir literalmente corriendo del campo de batalla para poner su vida a salvo, refugiándose posteriormente en Puebla y lue-

*Un carruaje.

¹⁷Ibid., p. 40.

¹⁸Ibid., p. 54.

go, con el avance de los norteamericanos, retrayéndose en la ciudad de México.¹⁹ En ese tenor reza el epígrafe que antecede al "Segundo Acto":

¿Dónde están oh cara Patria, tus soldados
Que a tu clamor de muerte no responden?
Por jefes sin honor, que haciendo alarde,
Huyen despavoridos y se esconden.²⁰

Este acto versa sobre los acontecimientos ocurridos en la ciudad de México desde el 9 de agosto, en que se dio el toque de alarma, hasta que cesó la insurrección popular contra los invasores el 17 de septiembre.²¹ El autor destaca los errores militares cometidos en cada una de las acciones bélicas, desde la misma fortificación del Peñón que fue esquivada por el enemigo [il. 4], hasta la caída de Chapultepec, de la que concluye: "según vemos el general [Santa Anna] quiso que [los norteamericanos] triunfaran y por ese motivo... dispuso [todo] tan criminalmente".²²

En contraste López elogia, mediante un pormenorizado relato, la actuación de los capitalinos el 27 de agosto, cuando atacaron a pedradas un convoy norteamericano que entró a proveerse de víveres durante el primer armisticio [il. 5], así como la resistencia que sostuvo la población contra el ejército invasor en las calles de la ciudad los días 14, 15 y 16 de septiembre. El editor destaca estos hechos "para que la nación esté al alcance de todo lo que ha pasado en México, por el honor de mi Patria, y para que nuestros descendientes sepan que la capital de la República, fue magnánima, y grande en este acontecimiento".²³ Seguramente se trataba de una respuesta a las críticas que surgían por todas partes a los capitalinos, a quienes se les responsabilizaba de haber provocado una guerra tan costosa para el país.

El segundo acto concluye señalando al general en jefe Antonio López de Santa Anna como el inequívoco culpable del desastre nacional:

¹⁹Ibid., p. 55.

²⁰Ibid., p. 56.

²¹Ibid., p. 56-68.

²²Ibid., p. 63.

²³Ibid., p. 68.

Al Sr. Santa Anna no le quedó otro arbitrio para que tomaran la Capital, sino marchar con catorce mil hombres a distancia de una legua, ver con sangre fría el posesionarse de la capital, y cuando ya estaba todo concluido, disuelve el ejército para que no molestasen a los norteamericanos. ¿Podrá imaginarse juguete más singular? ¿Y que todavía tenga partidarios este gran héroe, que ha causado más males a México que a Egipto todas sus plagas?²⁴

Añade que el ejército ha costado 600 millones de pesos, no ha hecho lo que debe y que es preciso "quitar esas sanguijuelas a la nación".²⁵

Nota curiosa es que, a pesar de su postura antiyanqui, el editor, consciente de la "americanización" que había experimentado la ciudad y de la necesidad de que sus lectores manejaran algunas palabras en inglés para la obligada convivencia con los invasores, incluye al final de su calendario un pequeño vocabulario español-inglés, con indicaciones en cuanto a la fonética.²⁶

Resulta interesante el empeño de López para que su calendario fuera lo más didáctico posible; muestra de ello es la inserción de imágenes litográficas que ilustran los textos. Varias de esas estampas portan la firma de la casa Murguía.

El editor Antonio Rodríguez Galván insertó en las primeras páginas de su calendario para 1848 un pensamiento de Silvio Pellico titulado "El patriota", que es una reflexión sobre los deberes de quien se nombra como tal. Al parecer esa inserción llevaba una dedicatoria especial para la fracción de los puros encabezados por Francisco Suárez Iriarte, quien se había colocado al frente del gobierno municipal capitalino con el aval del ejército de ocupación. Una parte reza así:

... no se confundirá [al patriota]... ni con el vil lisonjero del magnate, ni con el que aborrece maligno toda auto-

Resulta interesante el empeño de López para que su calendario fuera lo más didáctico posible; muestra de ello es la inserción de imágenes litográficas que ilustran los textos.

Varias de esas estampas portan la firma de la casa Murguía.

²⁴Ibid., p. 67.

²⁵Ibid.

²⁶Ibid., p. 68-70.

ridad; ser servil y ser revoltoso son una misma cosa. No suscita ni provoca disensiones civiles; antes con su ejemplo y con sus palabras apacigua a los extremados, y convida a la paz y la indulgencia. No deja de ser cordero, sino cuando la patria necesita de su defensa. Entonces se convierte en león, y vence, o perece.²⁷

En ese mismo calendario, ocupa un espacio considerable el artículo titulado "Breve reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos con motivo de la rebelión de la colonia de Tejas y la guerra con los Estados Unidos de Norte-América":²⁸ se trata de una narración de los hechos que se fueron dando desde 1831, cuando se empezó a manifestar la desestabilización de Texas, hasta el 17 de septiembre de 1847, cuando el ejército invasor sometió a la población de la ciudad de México.

Escrito en un lenguaje sencillo, pero que denota la sólida formación del autor, el texto ofrece un relato sintético, sin apartados, que guarda un riguroso orden cronológico; aporta los datos sustanciales y toca todos los puntos que fueron escenario de la invasión. Con el epígrafe que introdujo, el autor nos dejó la pista de su interpretación de los hechos: se trata de la profecía de Jeremías (1:13-16) de que del norte vendría el invasor y sometería a Judá como castigo de Yahvé a su pueblo por haberse desviado. Siguiendo esa línea, a lo largo del artículo el autor destaca la actitud agresiva que caracterizó al gobierno de Washington con miras a apoderarse, por las buenas o por las malas, del septentrión mexicano. Al mismo tiempo, señala que las pugnas internas y los desatinos políticos habían dado por resultado una nación dividida y débil, incapaz de enfrentar al voraz vecino del norte, de tal manera que resultó vencida por una especie de castigo divino.

En su afán de objetividad, el que escribe pondera la valentía de que hicieron gala muchos civiles y algunos militares en la lucha de resistencia y que, sin

²⁷ *Calendario de Antonio Rodríguez Galván, para el año de 1848. Arreglado al meridiano de México*. México: Imp. de Manuel N. de la Vega, 1847, p. 18.

²⁸ *Ibid.*, p. 42-71. Este artículo, con su continuación publicada al año siguiente, fue reeditado con el mismo título en México por la Editorial Orientaciones en 1941.

embargo, no bastó para detener al enemigo. Finalmente, a pesar de que el estilo es muy mesurado y de la prácticamente total ausencia de juicios de valor, se puede leer entre líneas que es en Santa Anna en quien se hace recaer la responsabilidad de las derrotas en las acciones militares que dirigió. Ahí mismo explica el autor las razones de su parquedad, aduciendo que se halla imposibilitado de poner en el papel sus "muchas y muy serias reflexiones".²⁹ Quizá lo dijo porque en aquellos días se había desatado una cacería de brujas en contra de los supuestos conspiradores. También es probable que se haya abstenido de exhibir el comportamiento poco patriótico de muchos personajes, dado que estos últimos buscaban acomodarse lo mejor posible, o que simplemente no deseara avivar las diferencias partidistas, lo cual contribuiría a un mayor desgarramiento interno y al prolongamiento indefinido del conflicto internacional.

Por otra parte, el calendario de Juan R. Navarro para 1848 incluye una "Noticia de los sucesos y fechas más notables acaecidos en la guerra que sostiene la República Mexicana contra la de Estados Unidos";³⁰ se trata de una pequeña lista con las fechas en que los invasores triunfaron en el campo de batalla, o bien se posesionaron de diferentes plazas del país. El hecho de que esta nota esté colocada al final, de que escasamente ocupe media página y de que sólo llegue al 16 de junio, cuando se tomó Tabasco, sin incluir las acciones de la cuenca de México, sugiere una cierta timidez del editor para abordar la cuestión más candente en aquellos días, o bien que no buscaba competir con los otros calendaristas que sí trataron el asunto.

El calendario de Juan R. Navarro para 1848 incluye una "Noticia de los sucesos y fechas más notables acaecidos en la guerra que sostiene la República Mexicana contra la de Estados Unidos".

III

A principios de 1848 el gobierno mexicano se vio obligado a negociar el nuevo tratado de límites con el

²⁹Ibid., p. 71.

³⁰Segundo calendario de Juan R. Navarro para el año bisiesto de 1848, arreglado al meridiano de México. México: Imp. del editor, 1847, p. 71.

Al final ganaron los interesados en que se restableciera la paz y el 2 de febrero de 1848, en la villa de Guadalupe Hidalgo, se firmó el tratado que llevó a México a perder más de la mitad de su territorio.

representante de Estados Unidos. Muchos fueron los obstáculos que se debieron superar para establecer un acuerdo, cuya expresión más nítida fue la confrontación política entre los partidarios de que se negociara el tratado de paz y los que estaban a favor de que continuara la guerra. En ambas posiciones se encontraban, indistintamente, monarquistas, santanistas y liberales moderados y puros, cada cual luchando por sus intereses.

Al final ganaron los interesados en que se restableciera la paz y el 2 de febrero de 1848, en la villa de Guadalupe Hidalgo, se firmó el tratado que llevó a México a perder más de la mitad de su territorio. Un mes más tarde se pactó otro armisticio en espera de la aprobación del Tratado de Guadalupe Hidalgo por los congresos de sendos países; a fines de mayo se celebró el canje de ratificaciones. El 12 de junio salieron los últimos cuerpos militares norteamericanos que aún permanecían en la ciudad de México; el resto de las tropas abandonaron paulatinamente los puntos ocupados del país.

La guerra con el extranjero había terminado. Las autoridades federales volvieron a su sede original, pero la paz interna no llegó. La tan necesaria estabilidad política estaba lejos de alcanzarse: las instituciones tradicionales, la Iglesia y el ejército, que resultaron bastante golpeadas por la contienda, volvían por sus fueros. Entre otras muchas calamidades, los levantamientos regionales se sucedían uno tras otro; los indios "bárbaros" atacaban a los estados fronterizos y los oportunistas de siempre buscaban sacar su tajada del dinero procedente de la indemnización por la pérdida del territorio nacional. La resaca de la guerra sería larga y tortuosa, y muchos mexicanos se sumieron en el dolor de ver aquella patria que tan gloriosamente había triunfado en la lucha de independencia contra España, ahora humillada y mutilada. Para algunos fatalistas, México no tenía remedio y estaba destinado a desaparecer como nación independiente;

otros buscaban culpables y los acusaban inmisericordemente. Había quienes, haciendo acto de contrición y asumiendo las propias responsabilidades, intentaban sacar provecho de la terrible lección y construir para el futuro.

Esos sentimientos encontrados quedaron plasmados en parte en un libro que empezó a circular en agosto de 1848; lo escribieron quince autores y lo titularon *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*.³¹ El objetivo era ofrecer al público, "con la mayor imparcialidad posible", un recuento de lo acontecido, aunque en realidad las figuras de Santa Anna y del ejército quedaron muy mal paradas. Es muy posible que ésta y otras lecturas hayan influido en algunos editores para que se decidieran a incluir noticias sobre el tema en sus calendarios para 1849.

Tal como lo había prometido, Mariano Galván continúa con su artículo "Apuntes para la historia de los pronunciamientos en México".³² Comienza con los protagonizados en 1833 y 1834 bajo la bandera de "rebelión y fueros"; sigue con la sublevación federalista de Zacatecas en 1835 y la que condujo a la imposición del sistema centralista al año siguiente. Galván se detiene un buen rato a explicar la rebelión de los colonos texanos y la fracasada campaña encabezada por Santa Anna para someterlos en 1836. Aunque de soslayo, critica al general-presidente por haber firmado el "nada honorífico" convenio de Velasco a cambio de su liberación; al general Vicente Filisola por haberle obedecido, retirando sus fuerzas al sur del Bravo, y al gobierno mexicano por su falta de decisión para proseguir la empresa militar, que hasta ese momento podía haber doblegado a los insurrectos texanos.³³

En ese mismo ejemplar el editor incluyó una poesía titulada "México en 1847" que, si bien no aparece firmada, sabemos que se debe a la pluma de Manuel Carpio, cuyos sentimientos de frustración y vergüen-

³¹Ramón Alcaraz et al., *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*. México: Payno, 1848.

³²*Calendario de Mariano Galván Rivera para el año de 1849, arreglado al meridiano de México*. México: Librería núm. 7 del Portal de Mercaderes, 1848, p. 54-72.

³³*Ibid.*, p. 68-72.

za afloran al ver a su patria oprimida por el ejército invasor. Haciendo un símil con la historia del pueblo judío,³⁴ el poeta considera la invasión extranjera como castigo de Dios a los mexicanos por su incapacidad para terminar con las luchas fratricidas. He aquí algunos de los fragmentos que aluden directamente a la invasión:

En vano todo: el indignado cielo
A México en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

Yo vi del Norte carros polvorosos
Y vi grandes caballos y cañones,
Y vi los formidables batallones
Tomar trincheras y asaltar los fosos.

En las calles de México desiertas
Vi correr los soldados extranjeros,
Vi relumbrar sus fúlgidos aceros,
Y vi las gentes pálidas y yertas.

Y vi también verter la sangre roja,
Y oí silbar las balas y granadas,
Y vi temblar las gentes angustiadas,
Y en las caras pintada la congoja.

Feliz ¡ay! Muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha expirado en el campo de batalla
Antes que ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Antes del sauce nacerá la rosa,

³⁴Se relaciona también con Jeremías, que habla de la invasión a Jerusalén y quizá con los salmos 69:17 y 88:14.

Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue a olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.³⁵

Abraham López, en su calendario para 1849, entrevera en las notas cronológicas un pequeño apartado que denomina "Derrotas que tuvo el ejército mexicano con el de los americanos", desde la acción de Palo Alto hasta el 14 de septiembre de 1847,³⁶ y en el santoral intercala efemérides ocurridas durante la guerra.³⁷ Asimismo, inserta un artículo titulado "Obstáculos que se oponen a la felicidad de la República Mexicana".³⁸ Al final del mismo, y seguramente para evitar la censura, se aclara que el texto fue tomado del *American Star*. Empero, la decisión de incluirlo confirma la afinidad del editor con las ideas allí expuestas. Una parte del artículo critica abiertamente al ejército mexicano por no sostener como debiera al gobierno republicano; sin embargo, la mayor parte está dedicada a atacar al clero, considerado como el peor enemigo de la República, ya que mantiene al pueblo sumido en la ignorancia, al tiempo que se mezcla en política y fomenta revoluciones para proteger sus intereses. El artículo concluye afirmando que tarde o temprano se dará la verdadera revolución y que el pueblo acabará por "degollar a los frailes".³⁹

López, en ese mismo calendario incluye su "Segundo entremés", una sátira con dedicatoria especial para el general Gabriel Valencia quien —al igual que lo hicieran otros jefes en otras acciones bélicas—, huyó de Padierna dejando a sus fuerzas comprometidas. El "Segundo entremés" está escrito en forma de una carta que ese militar envía al cielo, al Señor Santiago, pidiéndole que le preste su caballo blanco y su espa-

³⁵ *Calendario de Galván... para 1849*, p. 47-51.

³⁶ *Undécimo calendario de Abraham López... para... 1849*. México: Imp. Tipográfica del autor, 1848, s. p.

³⁷ *Ibid.*, p. 4-35.

³⁸ "Esta fue la opinión de la *Estrella americana*, publicada el 13 de mayo de 1848: "sobre esto nosotros salvamos nuestra responsabilidad." Nota del editor. *Ibid.*, p. 36.

³⁹ *Id.*

López ofrece una crónica llena de colorido acerca de cómo vivió la metrópolis la ocupación norteamericana.

da para poder luchar eficazmente contra los "herejes del norte" y entrar triunfalmente a México⁴⁰ [il. 6]. En ese tenor de crítica inicia el "Tercer Acto", con el siguiente epígrafe:

¡Ay! tus hijos, oh México, los que animados
De su ardiente valor, a luchar fueron
Abandonados ya por los soldados,
Sin armas... por su patria sucumbieron.⁴¹

Esta parte aparece dividida en siete escenas. Empieza acusando en forma arrolladora a Santa Anna y a sus subalternos: reitera que el general en jefe actuó deliberadamente para perder todas las batallas en la cuenca de México, y le recrimina haber abandonado la ciudad a su suerte, siendo que tenía la fuerza suficiente para defenderla. En las siguientes escenas y bajo la advertencia de que sólo se comprende hasta diciembre de 1847, López ofrece una crónica llena de colorido acerca de cómo vivió la metrópolis la ocupación norteamericana. Habla del pavor que experimentaban los capitalinos por la presencia de los invasores, pero también pondera la conducta que observaron el general Scott y sus jefes hacia la población, comparándola con la crueldad que exhibieron los conquistadores españoles en 1521. Destaca las penas corporales que se infligían a los mexicanos por conspiradores [il. 7], pero también valora la disciplina impuesta y los castigos a los soldados infractores [il. 8]. Describe la variedad de tipos que había entre los efectivos estadounidenses, su vestimenta, hábitos y diversiones; apunta las causas de mortandad en sus filas y dibuja los ceremoniales funerarios [il. 9]. Mención especial le merecen, por un lado, los contraaguerrilleros poblanos por los abusos que impunemente cometían contra los habitantes y, por el otro, la forma de resistencia que adoptó el pueblo bajo esa "guerra privada", como la llamara José Fernando Ramírez. Así, dice López:

⁴⁰Ibid., p. 38.

⁴¹Ibid., p. 39-51.

La clase ínfima de nuestra sociedad jamás entró en buena armonía; eran crueles e injustos con muchos de ellos. En general los americanos trataban de hacerse amar, diciendo que ellos no tenían la culpa, que eran mandados por su gobierno, que cuando había fandango, la guerra era otra cosa; pero que después eran hermanos los del Norte de los mexicanos. Muchos de los léperos se fingían sus amigos, les ofertaban pulque o huiztle, y cuando ya los veían ebrios los asesinaban sin piedad; otros al pasar junto de alguno de ellos, los atravesaban con una daga; otros con engaño, los sacaban del centro de la ciudad, cuando llegaban a un barrio, salían otros léperos y los asesinaban con tanto furor como si fueran unos perros. En el barrio de D. Toribio, en el caballete, en las ruinas de una antigua tocinería hallaron como cincuenta muertos de los americanos, que una noche con dos piezas de artillería y suficiente tropa fueron a sacar los cadáveres.⁴²

En la última escena de este acto, el editor anuncia que, en lo sucesivo, expondrá los enjuagues del partido de la paz que finalmente impuso el tratado con Estados Unidos, y se pregunta:

¿La nación sabe cuál[es] han sido los tratados? La clase pobre los ignora, porque no lee los periódicos. ¿Sabe la nación lo que se ha dicho en pro y en contra de este grande asunto? Entendemos que la clase indigente está tan distante de saberlo como lo que pasa en Turquía. Nosotros queremos poner a toda la República en conocimiento de cuanto se ha dicho sobre este grande acontecimiento.⁴³

Así pues, en su "Cuarto Acto" López hace patente su posición en contra de quienes firmaron la paz, pues en su reflexión señala que los interesados eran: los administradores de aduanas que se beneficiarían al usufructuar la alcabala; los empleados que continuarían en su calidad de "sanguijuelas de la nación"; el estado eclesiástico que rechazaría las "enseñanzas" de

⁴²Ibid., p. 46.

⁴³Ibid., p. 51.

Algunos creían que la guerra nos liberaría del tiránico ejército que sólo había dispuesto del gobierno para su conveniencia.

los norteamericanos, que ya nos estaban acostumbrando a la libertad de culto y a que no hubiera celebraciones religiosas en las calles; los moderados que conservarían el poder; y los monarquistas que podrían, de esa manera, coronar a su príncipe extranjero en México. En fin, que en palabras de López los partidarios de la paz eran todos los que dependían de la hacienda pública como su única salvación.⁴⁴

Este editor afirma también que la mayoría de los mexicanos deseaban proseguir la guerra por no ver ultrajado el nombre mexicano. Que algunos creían que la guerra nos liberaría del tiránico ejército que sólo había dispuesto del gobierno para su conveniencia. Que el pueblo deseaba la guerra porque, estando ocupada la capital, no tendría que pagar el contingente de sangre, y también los comerciantes porque se habían liberado de la pesada carga de la alcabala. Termina diciendo que "en general, la guerra hubiera sido con tanto entusiasmo, como el año de 1810..., si se le hubiera sabido dar un orden más conveniente para unir los partidos". Pero asegura que de haberse unido el pueblo al ejército y con ello triunfado sobre los yanquis, el resultado hubiera sido la instauración de una terrible dictadura militar. Concluye que, por instinto,

... el pueblo abandonó al ejército en el campo de batalla, para que el enemigo nos escribiera con la punta de su espada en nuestra historia contemporánea, lo que verdaderamente era el ejército mexicano. Sin embargo, hubo lances que el pueblo y sus guardias acreditaron lo que jamás habían pensado de su valor, porque siempre humillado, siempre abatido, siempre oprimido lo han considerado como una bestia de carga... La nación ha ganado con la guerra, porque se le ha hecho conocer lo que puede y lo que debe hacer para su bien general.⁴⁵

⁴⁴Ibid., p. 70-71.

⁴⁵Ibid., p. 71.

A propósito de la paz, en este calendario se incluye una composición sin título, cuya autora es la esposa

del editor, Loreto de Jesús Casabal. En ella, en forma burlona, señala las consecuencias inmediatas de la firma del tratado de paz y de la evacuación de las fuerzas norteamericanas [il. 10]. Algunas estrofas dicen así:

La paz se ha hecho, es verdad;
¡Viva la federación!
Quedará nuestra nación
No tan grande: a la mitad.

Después veremos la tropa
En fiestas, y otras bullangas
Nos harán otras matangas
Caminando viento en popa.

Nada importa; es cosa poca
¿Para qué tantos hermanos?
Hora sí, ya mexicanos
Caminamos viento en popa.

No seguirán ya en sus vicios
Ni se cogerán las rentas
Ni se turbarán en cuentas
Quitados ya de perjuicios.

Estamos regocijados
Con qué grandeza y prudencia
Se quitó la inconsecuencia
De tanto yankee malvado.

Los empleados ya murieron
Los soldados, se acabaron
Las pasiones, nos quedaron
Y los yankees ya se fueron.⁴⁶

Por último, y seguramente debido a la buena acogida del público, este editor cerró su calendario para 1849 con la segunda parte de su vocabulario inglés-español.⁴⁷

El calendario de Antonio Rodríguez Galván para el año de 1849 ofrece la continuación de la "Breve reseña histórica de los principales acontecimientos...", misma que abarca desde la noche del 13 de septiembre de 1847 hasta la reinstalación del gobierno federal en la capital, a mediados de junio de 1848, esto es, el periodo en que la ciudad de México permaneció ocupada.⁴⁸

La reseña apenas menciona la resistencia popular en la metrópolis ante la llegada del invasor, pero en cambio subraya el clima de inseguridad que reinó durante ese tiempo, debido a los desórdenes de los soldados y a los robos que perpetraban cotidianamente tanto los léperos como los norteamericanos. Presta especial importancia a las molestias que sufrieron los capitalinos debido a la imposición de pesadas contribuciones, al alojamiento forzoso de los jefes y oficiales en casas particulares, y a la alteración de la

⁴⁶Ibid., p. 38. La atribución la hace el propio López, a la muerte de su consorte en su calendario para 1851, p. 18.

⁴⁷Ibid., p. 68-72.

⁴⁸Calendario de Antonio Rodríguez, para el año de 1849, arreglado al meridiano de México. México: Tipografía de J. R. Navarro, 1848, p. 3-24.

vida social por la proliferación de tabernas, prostibulos y casas de juego, negocios estos últimos usufructuados por el gobierno civil y militar.

El autor enumera las medidas políticas, militares y administrativas del gobierno de ocupación y caracteriza a sus voceros en la prensa. Pondera, entre otros aspectos, la disciplina de su ejército e inclusive parecería que aprueba el castigo de azotes aplicado a los sediciosos mexicanos. Avala la actuación del Ayuntamiento moderado, y reprueba la gestión de la auto-nombrada Asamblea Municipal por haberse puesto al servicio de los invasores e incluso adularlos, evidenciando así su postura antinacional.

Por otra parte, también se ocupa de lo que ocurría en otros lugares de la República: sigue los pasos de Santa Anna hasta su salida al exilio en abril de 1848, y se detiene en Querétaro para dar cuenta de las gestiones del Ejecutivo, los tropiezos para reunir al Congreso y del desempeño de este último, las negociaciones de paz y el significado del armisticio hasta la ratificación del Tratado de Guadalupe.

El autor del artículo dedica un buen espacio a refutar la afirmación del presidente Manuel de la Peña ante el Congreso en el sentido de que en 1845 el conflicto pudo haberse terminado "con gloria y provecho de la nación". Señala que lo que debió haber expresado era que si en aquel año se hubiera firmado el tratado, la paz hubiera resultado menos costosa, aunque no por ello se hubiera obtenido mayor provecho, dadas las agresiones y exageradas pretensiones de Estados Unidos.

Se lamenta de la poca memoria que tienen los mexicanos y por eso hace un recuento histórico de los hechos que demuestran la ambición expansionista de la Unión Americana desde la época colonial, los empeños de las diferentes misiones diplomáticas desde la de Joel R. Poinsett en 1827 hasta la de John Slidell en 1844, pasando por otros agravios que hubo a lo largo de esos años, todos claros indicadores de

una posición francamente intervencionista. Señala que el vecino del Norte no hubiera firmado antes un convenio de límites que no incluyera a Nuevo México y California, y que México, por su parte, tampoco podía hacerlo por dignidad, ya que le asistía el derecho sobre sus posesiones originales. Concluye, pues, que la guerra era inevitable y que, a fin de cuentas, cualquier acuerdo de límites hubiera tenido que ser muy similar al de Guadalupe Hidalgo. El autor reflexiona diciendo que con el tratado,

México llevó la peor parte... como era de esperarse de un país... agitado por las discordias civiles... sumido en la ignorancia [del] que... cree saberlo todo... y lo puede todo... [actitud que le] hacía sordo a la voz del patriotismo, que mientras unos estados sufrían la invasión con todos sus horrores, los otros se mantenían de indiferentes y fríos espectadores... en sus querellas... como si se hallasen colocados a inmensas distancias.⁴⁹

Continúa diciendo que la guerra con Estados Unidos acabó de ponernos en evidencia, ya que perdimos todos los combates con un país que no era ni lejanamente una potencia bélica y que por eso los invasores, sedientos de una gloria que no ganaron, tuvieron que exagerar muchas veces la cantidad de elementos que conformaban a las tropas mexicanas, pues no podían alabar a sus adversarios. Al final el autor hace patente su visión pesimista sobre el porvenir, cuando dice:

La lección que México acaba de recibir es demasiado severa para que no despierte del letargo en que por tantos años ha estado. Mucho tememos sin embargo, que nuestra patria no saque el escarmiento, que podría indemnizarla del infortunio sufrido, porque no vemos que se dispongan los medios de aprovechar en el estudio de lo que ignoramos, el tiempo que se pierde en lamentables revueltas.⁵⁰

⁴⁹Ibid., p. 23.

⁵⁰Ibid.

Por su selección de textos sobre el tema y por su forma, y a diferencia de los calendarios anteriores, el de Ontiveros y el de Martín Rivera, también para 1849, nos sugieren que los editores optaron por una postura menos acerada hacia los actores involucrados en el conflicto.

Y advierte a sus compatriotas de la necesidad de no tratar de imponer en México modelos importados, pues de otra manera "la nación verá siempre con amargura que se le conduzca a la ruina, a fuerza de querer ensayar en ella teorías incompatibles con su estado presente".⁵¹

Para completar la información, el editor incluye al final de su calendario "Algunas noticias del ejército americano que ocupó la ciudad de México en septiembre de 1847".⁵² Ahí se da cuenta del número de efectivos que salieron de Puebla y los contingentes que tomaron parte en cada una de las acciones; asimismo se incluye un cuadro con las bajas del ejército invasor: muertos, heridos y dispersos, desde el 19 de agosto hasta el 16 de septiembre y se proporcionan cifras de los prisioneros mexicanos y sus clases, así como los trofeos y los materiales de guerra que cayeron en poder del enemigo. Finalmente, se detalla la forma como venían organizadas las tropas, con sus correspondientes cuerpos y jefes. No ajeno a la importancia de las imágenes, este calendario contiene una estampa litográfica que representa al general Winfield Scott [il. 11].

Por su selección de textos sobre el tema y por su forma, y a diferencia de los calendarios anteriores, el de Ontiveros y el de Martín Rivera, también para 1849, nos sugieren que los editores optaron por una postura menos acerada hacia los actores involucrados en el conflicto, quizá con la intención de fomentar un espíritu de reconciliación nacional.

Viene al caso recordar que el sector castrense había quedado muy desacreditado, en particular entre los capitalinos, por su partida la noche del 13 de septiembre, dejando la ciudad a merced del invasor. En contraste, diversos medios ponderaban y alababan la actuación de los guardias nacionales, al grado que tanto el gobierno federal como el Ayuntamiento tomaron la decisión de que, al partir las tropas norteamericanas, las milicias fueran las encargadas de

⁵¹Ibid., p. 24.

⁵²Ibid., p. 70-71. Información probablemente tomada de un folleto publicado por el ejército de ocupación, que reprodujo el parte del general Scott dado en el Palacio Nacional el 18 de septiembre de 1847, aunque las cifras varían ligeramente en algunos conceptos. Véase: *Official list of Officers who marched with the army under command of Major General Winfield Scott from Puebla to the city of Mexico, the seventh, eighth and tenth of August, one thousand eight hundred and forty seven, and who were engaged in the battles of Mexico*. Mexico: American Star Print, 1848.

recibir el Palacio Nacional, de resguardar el orden en las calles y de escoltar al presidente José Joaquín de Herrera y a su gabinete desde los límites del Distrito Federal hasta la casa de gobierno. Existía, pues, una clara confrontación entre los cuerpos de civiles y los militares, misma que, al parecer, trataban de suavizar los calendarios que analizaremos a continuación.

En la cuarta de forros del calendario de Ontiveros, su editor Santiago Pérez expresa "el deseo de que todo mexicano no olvide jamás la enorme lección que hemos recibido, debida a nuestras revueltas políticas", aunque puntualiza que

... si bien a la verdad son desagradables estos recuerdos desgraciados, no dejará por lo mismo ser laudable la memoria de tantos buenos mexicanos que renunciando a las comodidades de la vida privada, se lanzaron impávidos al campo de Marte a ceñirse la corona del martirio en defensa de su cara Patria.⁵³

De ahí que haya incluido el artículo "Apuntes históricos sobre los acontecimientos notables de la guerra entre México y los Estados Unidos del Norte", que por cierto ocupa la mayor parte del calendario.⁵⁴ El texto da cuenta desde la anexión de Texas, hasta el cambio de ratificaciones del tratado y la evacuación de las tropas norteamericanas de la capital del país. Aborda los diversos temas por apartados, siguiendo un riguroso orden cronológico y, aunque en forma muy sintética, ofrece la información más relevante.

A lo largo de la narración se hace ostensible lo que el mismo editor advierte en cuanto a sus fuentes, es decir, que éstas se basan en los documentos oficiales emitidos por el gobierno y por los jefes militares mexicanos y norteamericanos involucrados en cada acción de guerra. Sin embargo, lo más notable es la cautela del autor para no emitir su valoración de los hechos, absteniéndose, en consecuencia, de señalar culpables. Se limita, únicamente, a concluir

⁵³ *Calendario de Ontiveros para el año de 1849*. México: Imp. de la calle del Ángel núm. 2, 1848, cubierta.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 29-50.

que la derrota sufrida por México fue resultado de las revueltas internas. El relato, aunque útil por la información que proporciona, por momentos resulta frío y poco explicativo.

En ese mismo calendario se incluyen dos largas composiciones poéticas, una titulada "Churubusco, 20 de agosto de 1847", y la otra "México el 13 de septiembre de 1847",⁵⁵ que son una exaltación romántica del valor y patriotismo demostrados por los miembros de la guardia nacional en la primera, y del heroísmo y sacrificio exhibido por los combatientes del ejército en la segunda. Ahí tampoco se habla de las causas concretas que condujeron a las derrotas. En cambio, en la composición dedicada a Churubusco, así como en la estampa litográfica que la acompaña [il. 12], queda claramente expresado que, a pesar de que la gloria fue esquiva para los mexicanos, la patria y la historia siempre los honrarán y que serán ejemplo para las futuras generaciones:

Pues que México algún día
gloriosa entre otras naciones,
cubrirá la losa fría
que abriera la suerte impía
en contra de sus pendones.

Habrá de mostrar gigante
a los que existan mañana
el porvenir más brillante,
cuando hasta el cielo levante
de gloria su frente ufana.

¡Valientes de la Patria! Yo os saludo;
y vuestros hechos con placer pregona
el genio del dolor:
de la fama lleváis el fuerte escudo
y de la Patria la inmortal corona
que ciñe al lideador.⁵⁶

⁵⁵Ibid., p. x-xiv y 25-29.

⁵⁶Ibid., p. xv.

En la composición dedicada al 13 de septiembre de 1847 se ratifica el planteamiento sobre el origen de la derrota:

¡Pobre Patria! En vano supo
darle riquezas el cielo
si las facciones destrozan
a cada instante su seno,
si sus hijos divididos
le niegan el noble afecto
que mostraron otros días
de independencia los genios.⁵⁷

Como la poesía se refiere no sólo la caída de Chapultepec, sino también a los combates sostenidos hasta la llegada de los invasores a la ciudad, la representación gráfica se refiere al enfrentamiento en la garita de Belén [il. 13].

Casi al final, este calendario ofrece una síntesis de los artículos contenidos en el Tratado de Guadalupe, del que dice el autor "debe tenerse a la vista continuamente para meditar sobre el triste estado a que nos condujo los desórdenes interiores y calcular el inmenso sacrificio que tuvo que hacer el anterior gobierno para concluir una guerra de incalculables consecuencias". Y para terminar, alaba la decisión de destinar una partida de la indemnización para trasladar a las familias mexicanas que no deseen permanecer en los territorios perdidos. Al mismo tiempo, califica a la gestión gubernamental en turno como prometedora de "las mejores esperanzas y de que pueda sacar al país del triste estado a que se ve reducido", siempre y cuando actúe con "toda la grandeza y energía que demandan las circunstancias".⁵⁸

El calendario de Martín Rivera para 1849 tuvo ese mismo sentido, al insertar en sus páginas el discurso pronunciado por el general Santiago Blanco durante la inhumación de los restos de los generales José Frontera y Juan Pérez de Castro, del jefe de inge-

⁵⁷Ibid., p. 29.

⁵⁸Ibid., p. 50.

nieros Juan Cano y del coronel Felipe Santiago Xicoténcatl, en el panteón de Santa Paula, el 17 de septiembre de 1848.⁵⁹

Ese acto luctuoso fue organizado por algunos militares encumbrados, en virtud de que los que se habían celebrado desde el mismo 20 de agosto fueron para honrar a los miembros de las guardias nacionales que habían caído en Churubusco y Molino del Rey, a saber: Francisco Peñúñuri, Luis Martínez de Castro y Lucas Balderas. En los mismos, hubo grandes ceremoniales y mucha concurrencia, mientras que nada se había hecho en honor de aquellos miembros del ejército que habían dado su vida en defensa de la patria.

Así que Blanco, al rendir el homenaje obligado a quienes se inhumaba, lo hizo extensivo a todos los miembros del ejército y a los de los cuerpos de la Guardia Nacional que murieron en la campaña contra Estados Unidos. Empero, resulta interesante que en esa ceremonia el general Blanco haya hecho una especie de acto de contrición respecto a la actuación del ejército. Habló, desde luego, de los muchos años de anarquía que habían sumido a México en un estado decadente y lastimoso, mismo que aprovechó el vecino del norte para hacerle la guerra. Y afirmó que:

El ejército... apareció en la escena, mas improvisado en sus clases numerosas y saliendo del seno de un pueblo nacido y alimentado en la anarquía, se presentó con todos los vicios de su origen. Partícipe o instrumento, en diversos sentidos, en nuestras contiendas civiles, llevaba en sí mismo el germen de la inmoralidad y la discordia. Combatiendo en medio de la pobreza pública, le faltaban casi siempre, elementos de movilidad y de vida. El espíritu de partido, sobreponiéndose al amor patrio, que le manda olvidar lo pasado, mezclaba en todo su fatal influencia, y cada día, cada hora, un nuevo insulto, una nueva diatriba venía a amortiguar los impulsos del patriotismo. El general no tenía

⁵⁹Santiago Blanco, "Discurso pronunciado en conmemoración de los generales, jefes, oficiales y soldados muertos en el campo de batalla en defensa de la independencia de la nación por el general D. Santiago Blanco, orador nombrado por la junta encargada de exhumar sus restos, para ser sepultados con la solemnidad debida en el cementerio de Santa Paula," en *Calendario manual de Martín Rivera para 1849, arreglado al meridiano de México por Martín Rivera*. México: Imp. de I. Ávila, 1848, s. p.

libertad ni medios para operar con precisión según sus planes; el jefe apuraba el cáliz de la amargura, abrumado con el peso de horribles acusaciones, aunque no siempre injustas, siempre indebidamente generales, y el presente del soldado mexicano eran el calabozo, las privaciones y las fatigas; el porvenir, la derrota y el infortunio, la mendicidad y la befa; ni una hila para los heridos, ni un sepulcro para los muertos. ¡Miserable situación a que llegan los pueblos devorados por la guerra civil, que se empobrecen y aniquilan, sustituyéndose el funesto influjo de las pasiones políticas, al sentimiento grande y notable de sacrificarlo todo en defensa de la independencia nacional!⁶⁰

No obstante, el general Blanco también destacó el heroísmo que mostraron muchos miembros del ejército en todos los combates, afirmando que quedarían en la memoria de los mexicanos y que serían un ejemplo a seguir para las futuras generaciones. Concluyó haciendo una invitación a que se acabaran las diferencias entre el ejército y las guardias nacionales, pues "juntas han combatido ambas clases, y éste es el mejor vínculo para que desaparezca esa absurda y funesta división entre el pueblo y el ejército".⁶¹

En ese mismo calendario de Rivera se publicó la "Oda" de Félix María Escalante compuesta ex profeso para el evento, en la que naturalmente se exaltaba la heroicidad de los homenajeados.

En su calendario para 1849, el editor Juan R. Navarro incluyó una poesía sin firma, pero que es de la pluma de Ignacio Díaz Triujeque, titulada "12 de diciembre de 1847".⁶² En ella se hace patente que el pueblo, que había confiado en la protección divina para vencer a los "invasores herejes", finalmente había sido dominado y expoliado. Los siguientes fragmentos son una muestra del sentimiento de impotencia y desamparo que seguramente experimentaron muchos de nuestros antepasados:

⁶⁰Ibid., s. p.

⁶¹Ibid.

⁶²Tercer calendario de Juan R. Navarro, arreglado al meridiano de México, para el año de 1849. México: Imp. del proletario, 1848, p. 28-29.

¡Oh con cuánto placer en otras veces
 Tu día miré llegar; VIRGEN PIADOSA;
 Cómo elevaba al cielo tiernas preces
 Por ti, GUADALUPANA portentosa!

Tú que al Dios de bondad en tu almo seno
 Reclinaste;
 Tú que con pecho de ternura lleno
 A nos bajaste;
 Duélete del estado miserable,
 Que a mi Patria ya le es insoportable.

Mírala por doquier de sangre llena
 Y de tristura;
 Presa del invasor que la encadena,
 ¡VIRGEN PURA!
 Mírala, en fin, en su dolor profundo,
 Manchada la su faz con lodo inmundo.

Haz que tu Hijo calme sus enojos
 Este día;
 Haz que en flores se tornen los abrojos,
 Madre mía.
 Y haz que por siempre libres de tiranos,
 Canten tu APARICIÓN los mexicanos.⁶³

En su calendario para ese año, el empresario Ignacio Cumplido insertó un artículo, seguramente de su autoría, titulado "El colono norteamericano".⁶⁴ Si bien ahí no menciona en absoluto el asunto de la guerra, sí deja ver su enorme preocupación por las condiciones en que se encontraba el país, y el triste futuro que le deparaba. Le explica al lector que los inmigrantes en Estados Unidos, útiles y laboriosos, han sido la base del crecimiento demográfico, del pujante desarrollo económico y de los altos niveles de civilización que ha experimentado esa nación; por ello, sugiere seguir ese ejemplo y traer al país a ese tipo de colonos. Es ése el único camino que visualiza

⁶³Id.

⁶⁴Decimocuarto calendario de I. Cumplido para el año de 1849. México: Imp. y Estereotipia del editor, 1848, p. 65-66.

para la salvación de México. Con el fin de ilustrar al lector, ofrece un excelente grabado que representa a ese personaje [il. 14].

IV

No obstante las buenas intenciones que se habían manifestado a favor de la unión de todos los sectores y de trabajar juntos en la reconstrucción nacional, las críticas hacia el ejército aumentaban, sobre todo cuando se hizo público y notorio que se le volvía a privilegiar en el presupuesto, vistas las necesidades de pacificación en diversas regiones del país y de la urgencia de proteger la nueva frontera de las incursiones de los indios "bárbaros" que asolaban aquellos estados limítrofes. Asimismo, la lucha política se hizo más enconada, pues en el proceso se polarizaban las posturas de dos partidos cada vez más definidos: el liberal y el conservador, cada cual tratando de imponer su proyecto de nación. Los calendaristas no estuvieron ajenos a esta lucha y continuaron recurriendo al tema de la guerra con Estados Unidos, ya fuera para atacar al contrario o bien para justificar la actuación del partido en cuyas filas se alineaban.

El editor Santiago Pérez, en el calendario de Ontiveros para 1850, publicó el artículo titulado "A los grandes hombres que murieron en el Valle de México en tiempo de la invasión norteamericana. La patria agradecida les tributó un justo homenaje a sus virtudes, el 17 de septiembre de 1847".⁶⁵ Este documento adquiere un tanto el carácter de testamento, que el autor escribió ante el oscuro futuro de la nación.

El que escribe comienza por recordar con gran dolor lo acaecido el 16 de septiembre de 1847, cuando la capital se encontraba dominada por el invasor; prosigue reseñando la conmemoración de la Independencia, en ese día de 1848, dando cuenta del estado de ánimo que privaba entre los asistentes aquella mañana:

La lucha política se hizo más enconada, pues en el proceso se polarizaban las posturas de dos partidos cada vez más definidos: el liberal y el conservador, cada cual tratando de imponer su proyecto de nación.

⁶⁵Calendario de Ontiveros para el año de 1850. México: Imp. de la calle del Ángel núm. 2, 1849, p. 45-60. Este artículo fue reeditado por Vargas Rea en la Colección Biblioteca Aportación Histórica, México, 1946.

El autor asevera que en tanto los mexicanos sigan sumidos en esa desmoralización, no habrá gobierno que sea capaz de conducir al país, sacándolo del estado de abyección en que se encuentra, “y ni aun podrá sostenerse la nacionalidad”.

... ahora la destenida frente de la Patria no recibió con gusto los recuerdos de sus pasadas glorias, ni sus hijos acudieron como otras veces alegres y envanecidos a oír el discurso acostumbrado...; la melancolía dominaba en las miradas del numeroso pueblo; la desconfianza en el corazón de cada uno; el negro egoísmo absorbía los sentimientos de un gran número; la sombría ignorancia no podía comprender las causas y los efectos de la situación de la República; [y] la esperanza de felicidad, alimentada por tantos años en su espíritu, aparecía en lontananza como una opaca estrella en noche tenebrosa...⁶⁶

Coincidiendo con lo expresado por el orador en el acto, el autor asevera que en tanto los mexicanos sigan sumidos en esa desmoralización, no habrá gobierno que sea capaz de conducir al país, sacándolo del estado de abyección en que se encuentra, “y ni aun podrá sostenerse la nacionalidad”. La crónica continúa con la ceremonia fúnebre del día 17: da pormenores de los cuerpos que participaron, tanto de guardias nacionales como del ejército, la indumentaria e insignias, la decoración en las calles y la ruta que siguió el numeroso cortejo hasta el panteón de Santa Paula, al cual, por cierto, se impidió que accediera el “tumulto apiñado del pueblo”.

A continuación vienen una descripción del acto de inhumación y una transcripción parcial de los discursos de los generales Blanco y José María González, así como de las poesías que leyeron Escalante y Guillermo Prieto. De Prieto reproduce una parte elocuente que alude al sentimiento tan vivo que existía en contra de aquellos que huyeron en lugar de enfrentarse a los invasores:

También en sucumbir se encuentra gloria.
¡Cuántos de esos soldados valerosos,
Sin recuerdo y sin tumba han perecido;
Sucumbieron siguiendo sus banderas,

⁶⁶Ibid., p. 46-47.

Y son los vivos hoy nuestro desprecio,
Y son los muertos pastos de las fieras!
Yo al soldado del pueblo, al que pelea
Con recio empuje, con sereno pecho
Por la alma libertad, al que apoyando
Nuestro existir social con brazo amigo
Es el poder del pueblo, lo bendigo.
Pero al villano que volvió cobarde
Del pueblo o del ejército en la lucha
El rostro al invasor, al asesino
Que sólo sabe destroz ar hermanos
Insolente en las luchas fraticidas,
Fiero en la corte, ruin en la pelea,
Delante de estos huesos, a su nombre,
Los maldice mi voz, ¡¡Maldito sea!⁶⁷

La crónica abarca la ceremonia de principio a fin, y posteriormente se exponen una serie de reflexiones a través de un diálogo con un supuesto interlocutor. Si bien el autor elogia el espíritu conciliatorio que había campeado en los discursos de los generales, también manifiesta su escepticismo ante la idea de que el estado de cosas pueda cambiar, visto que para el momento en que escribe se suceden los pronunciamientos militares en contra del gobierno, como el de Paredes; la administración gubernamental no acierta a superar los errores de siempre y, al igual que sucedió durante la invasión, muchos diputados irresponsables no asisten al Congreso. De ellos dice:

.... todos los países, imparcialmente hablando, han tenido y tienen hombres egoístas: nuestro pueblo en su mayor parte no se encuentra todavía en estado de conocer quiénes podrán representarlos con un sano y verdadero patriotismo, cuando se acerca el tiempo de las elecciones, hay ciertos individuos, no todos, que procuran embaucar a las sencillas poblaciones del campo para ganar votaciones en su favor; de suerte que ese infeliz pueblo indígena, lejos de dar a la nación re-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 53.

presentantes que alivien su miseria, coloca en los esca-
beles del santuario de las leyes a individuos, que unas
veces sin justo motivo estorban la marcha progresiva del
gobierno, y otras arrimados a un partido, cierran el cam-
po a las mejoras que desean hacer los verdaderos e
ilustrados representantes.⁶⁸

Sin embargo, el autor concluye expresando su sa-
tisfacción personal por el deber cumplido al haber
asistido aquel día a tan conmovedor y grandioso acto
luctuoso, que califica como una lección práctica de
amor a la patria. Y en forma premonitoria afirma que:

En medio del triste cuadro de derrotas, que la Repúbli-
ca había sufrido durante la invasión norteamericana,
aparecían las sombras de unos cuantos héroes en la
cumbre de la gloria, respondiendo con los hechos de su
grande y verdadero patriotismo: la patria los guarda
silenciosamente en su seno. La posteridad sabrá apre-
ciar mejor que la generación presente sus gloriosos
hechos de armas: ellos no se perderán en la oscuridad
de los tiempos, y si por desgracia llegaran a extraviarse
algún día los anales de la historia de México, el hom-
bre pensador los encontrará en la misma historia de la
nación invasora, que ha sabido apreciarlos.⁶⁹

El artículo se completa con las inscripciones en latín
que figuran en las lápidas de los homenajeados y con
una litografía en la que se representa el enorme corte-
jo que acompañó a los caídos hasta su morada en el
panteón de Santa Paula [il. 15].

En ese mismo ejemplar aparece una poesía titula-
da "La patria", escrita en 1848 y cuyo autor, en tono
lastimero, refleja la condición en que se encontraba la
República, lamentándose además de que en la con-
tienda contra Estados Unidos no hubieran surgido
héroes de la talla de los que pelearon por la indepen-
dencia:

⁶⁸*Ibid.*, p. 58.

⁶⁹*Ibid.*, p. 59.

Mas ahora con dolor oh Patria hermosa,
Te ven mis ojos en fatal quebranto;
Pues de tanto llorar, siempre quejosa,
Las fuentes se secaron de tu llanto.

¿Dónde la gloria está de tus valientes
Que el férreo yugo a cerviz alcanzaron,
Ora que inundan extranjeras gentes
El suelo que con sangre ellos regaron?

No existen ¡qué dolor!... desde la tumba
Claman al cielo con feroz venganza;
Y en voz de trueno quedó...
La justa indignación que los alcanza.

No ya del triunfo la inmortal corona
Cubre las sienes del patriota ufano,
Ni ya la enseña tricolor blasona
El noble azteca en su robusta mano.

No son los hijos del anciano Hidalgo
Los que insolente el invasor humilla;
Pues ellos, vive Dios,
Que valen algo, doblan su cuello a la fatal cuchilla.

En uno de los párrafos condena la actitud de los miembros de la Asamblea Municipal que ofrecieron el famoso brindis del Desierto de los Leones al general Scott y a su estado mayor, a fines de enero de 1848:

No son los hijos de Morelos
Los que en festines tu dolor burlaron;
Y de eterno baldón tristes modelos
La orla de tu manto desgarraron.*

No son tus hijos, oh Patria infelice,
Los que se burlan de tu justo enfado;
Hijos espurios son, y los maldice
El Dios de las naciones indignado.

Alude al famoso banquete que la Asamblea Municipal dio en el Desierto a los jefes del ejército norteamericano. Nota del editor.

Porque hombres para mal del hombre
 Que se envilecen con flaqueza insana;
 Y no merecen tan sublime nombre,
 Monstruos nacidos con la forma humana.

Hechos tuviste de valor un día:
 Hechos heroicos que escribió la historia;
 Los hechos de lealtad ¡oh Patria mía!
 Que viven por siempre en tu feliz memoria.⁷⁰

Con su afán de divulgación, en su calendario para 1850 Abraham López reproduce documentos oficiales relativos al debate sobre el Tratado de Guadalupe Hidalgo en el Congreso, para que el lector "saque sus propias conclusiones". No obstante, el hecho de publicar esos materiales deja traslucir la posición del editor, definitivamente contraria a la decisión tomada por el gobierno.

En el "Cuarto Acto" de su obra, reproduce la larga exposición del ministro universal Luis de la Rosa ante el Congreso de Querétaro, el 9 de mayo de 1848,⁷¹ donde planteó las graves condiciones en que se encontraba el país, la imposibilidad de continuar la guerra y, por ende, la inminente necesidad de que la asamblea ratificara el Tratado de Guadalupe Hidalgo. En las escenas III y IV presenta las argumentaciones de los diputados que estaban a favor de la paz y de los que estaban en contra.⁷² En su "Quinto Acto" López retoma la crónica de la ocupación, refiriéndose a la cordial relación que tuvieron los comerciantes con los invasores, en especial la que establecieron las prostitutas, a las que ellos bautizaron como "Margaritas". Por ser muy ilustrativo, presentamos un extracto del artículo:

Las margaritas se hicieron de confianza con ellos, pues cuando llegaron a México, traían algunas guerrillas de margaritas poblanas, que funcionaban como sus queridas esposas y éstas se unieron con las de igual clase en

⁷⁰Ibid., p. 61-63.

⁷¹Duodécimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México, antes publicado en Toluca, para 1850. México: Impreso en la calle 3a. de Santo Domingo, 1849, p. 43-51.

⁷²Ibid., p. 52-60.

la capital. Puebla, pasados 300 años, presentó la misma inclinación a unirse con los invasores de su patria.

Enseñoreados en la capital los americanos, formaban grandes bailes, lo que resultaba el contraste más sorprendente ver bailar un yankee y una china el jarabe mexicano. Las margaritas con aquella movilidad propia de su genio; su figura graciosa con aquel estilo tan agradable de coquetería, con aquellos modales tan lascivos que ellas ponen en acción para darle sabor a su jarabe, que es el néctar de nuestro pueblo. El yankee, armado hasta los dientes, mascando un gran trozo de tabaco Virginia, rumiando continuamente como los borregos: su vestido tan extraordinario, al estilo de Carnaval; sus botas puestas encima de los pantalones, su gigantesca figura tan pesada, y por último, los graciosos sombrerillos, hechos un chilaquil (expresión vulgar), formaban un todo risible y encantador para pasar el rato.²³

Cabe destacar que López fue uno de los pocos cronistas, por no decir el único, que no se expresa en términos peyorativos de esas mujeres; al contrario, como se puede apreciar en la cita anterior, destaca su gracia y su encanto para contrastarlos con las ridiculeces de los invasores [il. 16].

Para redondear esta descripción sobre el comportamiento de las "Margaritas" —quienes, por cierto, luego de que se marcharon los invasores fueron víctimas de la venganza popular por "ayankadas"—, López nos regala con algunos versos populares que se cantaban con la tonada de *La Pasadita*.

López advierte al lector que por haber sido testigo presencial y tenido "la gloria de no correr, sino de ver la cara al invasor", y por haberse dado a la tarea de recopilar todos los materiales a su alcance, posee mucha información sobre lo ocurrido en la guerra, pero que por esta vez no puede extenderse más en sus apuntes históricos ni emitir su opinión sobre el Tratado de Guadalupe Hidalgo, pues no hay ninguna

López advierte al lector que por haber sido testigo presencial y tenido "la gloria de no correr, sino de ver la cara al invasor", y por haberse dado a la tarea de recopilar todos los materiales a su alcance, posee mucha información sobre lo ocurrido en la guerra.

²³Ibid., p. 63-64.

El editor no pierde la oportunidad de exaltar el valor civil de la población capitalina a la llegada de los invasores, para contrastarla con el comportamiento tanto de los militares como de la Iglesia durante la guerra.

garantía debido a la nula libertad de imprenta. Empero, le ofrece al público la transcripción del acuerdo y el mapa de la República para que tenga una idea clara de la extensión del territorio perdido [il. 17]. En las cubiertas publica otras dos imágenes: una que representa a unos soldados norteamericanos, y otra las monedas estadounidenses de uso corriente, con la intención de que aquellos lectores que no los hubieran conocido, se fueran familiarizando con ellos, pues presente que volverán⁷⁴ [ils. 18, 19].

Desde luego, el editor no pierde la oportunidad de exaltar el valor civil de la población capitalina a la llegada de los invasores, para contrastarla con el comportamiento tanto de los militares como de la Iglesia durante la guerra. En forma disimulada y como efemérides, inserta tres notas alusivas. La primera la entrelaza con el santoral del 21 de junio, aunque refiriéndola a 1848. Ahí señala que en aquella fecha en la que se conmemoraba el jueves de Corpus, a sólo nueve días de haber salido los norteamericanos y para sorpresa de todos, el altar de la Catedral apareció adornado con todo lo más hermoso y más valioso, valuado en 300 000 pesos. El autor comenta que con eso quedó demostrada la falsedad de las aseveraciones que hizo la jerarquía de que el gobierno había tomado esos bienes para el sostenimiento de la guerra. Hace énfasis en que lo "más bonito" fue que, a diferencia de lo que siempre había sucedido, en la solemne procesión no habían hecho acto de presencia los soldados, y se hace eco de los comentarios de la gente de que "los desgraciados vieron la tarasca que traían los yankees, se fueron a la santa ciudad de los camotes, para hacerse de recursos, volver triunfantes y acabar con semejante animal". Continúa diciendo que el pueblo se distrajo y se divirtió como nunca porque no sufrió la represión acostumbrada y termina con este deseo: "¡Ojalá y en estas fiestas populares jamás viéramos ni un fusil ni una insignia militar para que el público usara de más libertad!"⁷⁵

⁷⁴Duodécimo calendario de Abraham López..., p. 62.

⁷⁵Ibid., p. 20.

En la segunda, relativa al 14 de septiembre de 1847, rememora el levantamiento popular en las calles de la ciudad contra los estadounidenses, la que concluye diciendo:

Mexicanos: jamás olvidemos este grande acontecimiento de valor, de heroísmo y de entusiasmo patrio; mientras otros... pero qué digo... seamos agradecidos y justos tributando un triste recuerdo a nuestros hermanos que sucumbieron en esta sagrada lucha.⁷⁶

Y en la que se refiere al 22 de octubre de aquel mismo año, da cuenta de la animadversión de los capitalinos hacia todo lo que oliera a militar en aquellos tiempos, pues narra que ese día un cierto general tuvo a bien salir rigurosamente uniformado a la calle de Plateros "con banda, espada, guantes, varias cruces que adornaban su pecho, sombrero montado, bastón, etc.". El pueblo recibió ese paseo como un insulto, dado que apenas hacía dos meses que los invasores ocupaban la capital. De ahí que aquel general pronto se viera cercado y agredido con insultos, silbidos y pedradas, por lo que tuvo que refugiarse en una casa y salir disfrazado por la puerta trasera.⁷⁷

En ese mismo tenor Manuel Murguía, que hasta entonces no había hecho mención alguna sobre el asunto de la guerra en sus calendarios, en el de 1850 incluye, como no queriendo, una "Anécdota," también con dedicatoria al ejército:

Se lamentaba un general de la apatía del pueblo mexicano para sostener la guerra con los Estados Unidos. Uno le dijo —para corregir, si es posible, ese defecto, sería bueno examinar sus causas—. ¡Quite usted allá! Repuso el general: eso sería bueno para Europa. Sepa usted amigo, que aquí en México los efectos no tienen causas.⁷⁸

Por su parte, Vicente García Torres —quien mucho habría tenido que decir en sus calendarios sobre el

⁷⁶Ibid., p. 29.

⁷⁷Ibid., p. 32.

⁷⁸Calendario de Murguía para el año de 1850, arreglado al meridiano de México. México: Imp. del editor, 1849, p. 40.

tema, ya que durante la ocupación extranjera su periódico *El Monitor republicano* se había convertido en el principal denunciante de los abusos de los soldados sobre la población y en contestatario de *La Estrella americana* y *El Norteamericano*—, sólo insertó para su ejemplar de 1850 unas efemérides que encabezaban los meses del año, relacionando algún acontecimiento ocurrido desde la campaña de Texas hasta el fin de la contienda y exhibiendo el comportamiento de Santa Anna. De las doce que intercala, citamos las correspondientes a febrero y septiembre:

Febrero:

El 25 de este mes, en 1847, fue la acción de la Angostura. Cuando ya estaba ganada, y un solo impulso hubiera hecho cantar victoria a los mexicanos, tocó a retirada el general Santa Anna, dejando abandonados los muertos y heridos. Acto continuo hace retroceder al ejército hasta San Luis, atravesando el desierto, que tiene más de 50 leguas, con lo cual vino a reducirse el número de nuestras tropas, de 21 000 hombres en menos de ocho mil.

Septiembre:

Día 13 de septiembre de 47, ¡siempre serás luctuoso y funesto a la memoria de los mexicanos! A las 9 de la mañana de este día se rindió el castillo de Chapultepec porque no dio auxilio el señor Santa Anna; en la tarde fueron tomadas las garitas, y en la oscuridad de la noche salió huyendo Su Excelencia cuando todavía estaba con más de doce mil hombres para la defensa. La ciudad quedó abandonada, sin haberse sacado por Su Excelencia algunas garantías. En este mismo mes (año de 846) vino el señor Santa Anna de La Habana a pesar del bloqueo de los americanos, por haber recibido el comodo orden del presidente Polk para que lo dejara pasar.⁷⁹

⁷⁹Segundo calendario de Vicente García Torres para el año de 1850. México: Imp. del editor, 1849, s. p.

Asimismo presenta un artículo titulado "El Puerto de San Francisco en la Alta California",⁸⁰ en el cual habla de los enormes progresos que ha experimentado esa ciudad desde que pasó al dominio norteamericano, en términos de crecimiento de población y de riqueza económica, sobre todo por la explotación del oro. Con esto el editor parece decirnos: démonos cuenta de lo que nunca supimos aprovechar cuando ese territorio era nuestro.

V

También respecto de aquella parte enajenada, Ontiveros en su calendario para 1851 ofrece el artículo titulado "La California después de su anexación a los Estados Unidos".⁸¹ En este caso, si bien el autor destaca el impresionante crecimiento de aquella región debido a la fiebre del oro, también previene al lector, con base en el testimonio de un viajero, sobre las condiciones que enfrentan los gambusinos en los campamentos, como la carestía, el exceso de trabajo, las enfermedades, los ataques de los indios, de los salteadores y aun de los propios compañeros, por lo que frecuentemente acaban asesinados [il. 20]. Termina diciendo al lector que tales sacrificios no valen la pena, y en cambio hace un llamado para revalorar lo propio y trabajar y perseverar aquí, en el seno de la patria.

Finalmente, y quizá con la intención de que el público pudiera calibrar el enorme esfuerzo que desplegaron nuestros hombres para combatir al general Taylor, ofrece en sus páginas un "Itinerario razonado desde la ciudad de San Luis Potosí al río Sabina, por el camino que llevó el ejército mexicano a la Angostura." Se trata de una copia del itinerario que publicó cuatro años antes, aunque en esta ocasión hace énfasis en aquellos lugares donde hubo confrontación bélica.⁸²

Por su lado, Vicente García Torres incluyó en su ejemplar para 1851 dos biografías de quienes fueran

⁸⁰*Ibid.*, s. p.

⁸¹*Calendario de Ontiveros para 1851*. México: Imp. de la calle del Ángel núm. 2, 1850, p. 40-45.

⁸²*Ibid.*, p. 60-64. Este derrotero es muy similar a otro publicado por el mismo editor en 1846. La única diferencia es que en el texto se destaca el campo de la Angostura y la fecha de la función de armas. *Calendario de Ontiveros para 1847*. México: Imp. de la calle del Ángel núm. 2, 1846, p. 3-13.

Es significativo que el calendario de Galván, que había venido publicando una secuencia histórica desde 1821 hasta 1844, haya omitido los pronunciamientos y discordias entre militares que tuvieron lugar en el tiempo mismo de la guerra.

actores decisivos en la guerra y que recién habían fallecido: Manuel de la Peña y Peña y Zacarías Taylor. Al primero le reconoce, antes que nada, el mérito de haber reorganizado el gobierno después de la caída de la capital, evitando así la disolución del cuerpo social. En segundo lugar destaca su fortaleza al haberse sabido sobreponer a lucha de partidos y haber actuado de acuerdo con los dictados de su conciencia, firmando el Tratado de Guadalupe Hidalgo [il. 21]. En la biografía de Taylor, mucho más breve, pone de relieve la gran popularidad de que gozaba entre el pueblo norteamericano por sus triunfos militares en la campaña contra México.⁸³

Es significativo que el calendario de Galván, que había venido publicando una secuencia histórica desde 1821 hasta 1844, haya omitido los pronunciamientos y discordias entre militares que tuvieron lugar en el tiempo mismo de la guerra, quizá porque el tema ya había sido tratado por otros calendaristas, o tal vez porque le resultaba demasiado penoso recordarlos. El punto es que, en su correspondiente a 1851, Galván presenta un artículo con el nombre de "Apuntes para la historia del país", en el que relata el levantamiento de 1848 de Paredes y de Domeco Celedonio Jarauta en contra el gobierno, con el pretexto de "la precisa cuanto vergonzosa paz celebrada con Norte-América". Ahí condena la actitud del Congreso que, atendiendo a un espíritu de partido, en 1849 había destituido al Ayuntamiento de la ciudad de México que encabezaba Lucas Alamán.

El autor del artículo termina con una visión fatalista sobre el futuro de México:

Si reflexionamos sobre [estos acontecimientos] se llena nuestro corazón de una verdadera amargura. Las personas sensatas creían que al terminarse la guerra con los Estados Unidos, ocasionada única y exclusivamente por la conducta de los malos gobernantes hasta esa humillante época, las autoridades adoptarían en lo

⁸³Tercer calendario de Vicente García Torres, para el año de 1851. México: Tipografía del editor, 1850, s. p.

sucesivo otro sistema de vida... y que procurarían dar nueva dirección a nuestra carcomida sociedad para que pudiese, constituida en cuerpo sólido de nación, hallarse en actitud de rechazar otra invasión extranjera con los laureles de la victoria. Estas creencias fueron risueñas ilusiones; pues es claro que debemos continuar en el camino de los errores hasta consumir la ruina de esta patria, que deberá borrarse un día... del catálogo de las naciones.⁸⁴

Antonio Rodríguez Galván inserta, en su calendario para 1851, el artículo titulado "Reseña histórica de los Estados Unidos. Desde su fundación hasta el tiempo en que se constituyeron en república independiente".⁸⁵ Se trata de un escueto relato definido por los sucesos más relevantes, sin que el autor externe alguna valoración. Aunque el editor del calendario no aclara sus razones para incluir este tipo de colaboraciones, es muy posible que su intención fuese ilustrar a sus lectores acerca de la historia del vecino del Norte, de tal manera que pudiesen explicarse el resultado de la guerra que recién acababa de pasar y, también, que estuvieran atentos ante los avances del avasallador y amenazante desarrollo de la nación norteamericana.

VI

Los intentos del gobierno, que a partir de enero de 1851 encabezara el general Mariano Arista, por poner orden en la hacienda pública y realizar la muy urgente reforma del ejército, se estrellaron una y otra vez contra las murallas de la inercia y de los vicios heredados. En ese contexto, la crítica al sector militar arreciaba y no faltó algún calendarista que, con ese propósito, insertara alguna noticia relativa a la reciente guerra.

Por ejemplo, Antonio Rodríguez Galván ofreció en su ejemplar para el año de 1852 la segunda parte

⁸⁴*Calendario de Mariano Galván Rivera para 1851, arreglado al meridiano de México*. México: Imp. de Rafael Rafael, 1850, p. 61.

⁸⁵*Calendario de A. Rodríguez [para] 1851*. México: Imp. de la calle de Sta. Clara núm. 23, 1850, p. 3-9.

del artículo "Reseña histórica de los Estados Unidos", que llegaba hasta la consumación de su independencia.⁸⁶ Y aunque con discreción, al final del relato el autor comenta con amargura que ha bastado poco más de medio siglo para que el pueblo norteamericano haya olvidado los principios que establecieron los grandes próceres de su gesta independentista, puesto que la injusta guerra emprendida contra México para despojarlo de territorio es la prueba de que ese país perdió su vocación original de ser "respetable" ante las naciones.⁸⁷

El *Segundo Calendario Liberal. Arreglado al meridiano político de la Federación para el año de 1853, por el licenciado Don Liberato Garabato Panzacola. Defensor y Abogado del Pueblo*,⁸⁸ con el disfraz de un verso titulado "Al Valiente D. Liberato", se burlaba de aquellos militares a quienes se condecoraba y premiaba a pesar de su muy reprochable comportamiento durante la contienda:

Como del yankee traidor
Salió bien librado en todo encuentro,
Van a premiar su valor
Con un escudo de honor.
—¿Y qué llevará en el centro?
Esculpido en piedra pómez
¡Lucas Gómez!
Y en el reverso grabado
¡Un venado!⁸⁹

VII

En medio de aquella anarquía, no sorprende la iniciativa del partido conservador, encabezado por Alamán, para traer de su exilio en Venezuela a Santa Anna. Este último instauró un gobierno dictatorial, cancelando, entre otras garantías y naturalmente, la libertad de imprenta. Así que "Su Alteza Serenísima"

⁸⁶*Calendario de Antonio Rodríguez Galván para el año bisiesto de 1852*. México: Imp. de Juan R. Navarro, p. 2-16.

⁸⁷Es una nota a pie de página, p. 16.

⁸⁸*Segundo Calendario Liberal. Arreglado al meridiano político de la Federación para el año de 1853, por el licenciado Don Liberato Garabato Panzacola. Defensor y Abogado del Pueblo*. México: Imp. de M. Murguía y Compañía, 1852.

⁸⁹*Ibid.*, p. 63.

mandó eliminar toda publicación que le señalara como responsable del desastre de 1847, y en febrero de 1854 ordenó que se recogieran y quemaran todos los ejemplares que había en circulación de los *Apuntes para la historia de la guerra...*, al tiempo que sus autores quedaban inhabilitados para desempeñar cualquier cargo público.⁹⁰ En ese clima político hubo editores que se vieron obligados a exiliarse, como fue el caso de García Torres, mientras que otros decidieron trabajar en talleres clandestinos, que frecuentemente mudaban de domicilio para esquivar la represión del régimen. Se explica, entonces, que durante ese periodo la mayoría de los calendaristas hayan tenido buen cuidado de no incluir noticias relativas a la guerra ni hacer el menor comentario sobre su corolario, que fue la enajenación de La Mesilla en diciembre de 1853. A pesar de la censura, circularon algunos calendarios de filiación liberal, entre ellos el *Calendario impolítico y justiciero* que, como su propio nombre lo anunciaba, era del todo irreverente, a más de crítico furibundo de los fueros de la Iglesia y del ejército. En el ejemplar para el año de 1855 se retoma el tema de la guerra con Estados Unidos, aunque en forma disimulada, pues en sus páginas se reproducen dos escritos de Niceto de Zamacois, quien había sido testigo de la entrada y de la ocupación del ejército norteamericano en la ciudad de México. El primer escrito es una obra de teatro titulada "El sitio de Monterrey. Juguete cómico. En un acto y en verso", que se había representado, sin mucho éxito, en el Teatro Nacional en junio de 1847,⁹¹ con el fin de motivar a los capitalinos a que empuñaran las armas para luchar contra el invasor, como lo demuestran los versos finales que son una especie de arenga:

Compatriotas,
También jurad conmigo
Que siempre al enemigo
Iremos a batir

⁹⁰Decreto del Despacho de Gobernación, Méjico, 10. de febrero de 1854.

⁹¹*Tercer calendario impolítico y justiciero para 1855, arreglado al meridiano de México.* México: Imp. de Juan N. Navarro, 1954, p. 44-68. Según la nota del calendario, esta obra tuvo "muy buen éxito", aunque un crítico comenta al respecto que "no pasó de una mala pieza de circunstancias con perdonables bravatas patrióticas...". Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México.* México: Imp. La Europea, vol. 2, p. 116.

Y que doquier que se halle
Verá allí al mexicano
Blandiendo el hierro insano
Con gloria por morir.

Mis amigos,
Valientes exclamemos
Antes que abandonemos
Al yankee la ciudad
¡Que vivan nuestras bellas!
¡Que mueran los tiranos!
¡Vivan los mexicanos!
¡Viva la libertad!⁹²

El texto refleja la postura de un sector de residentes españoles que rechazaron abiertamente la intervención extranjera; de ahí que en ningún momento critique al ejército y, por ende, que no haya sido censurado. Suponemos, sin embargo, que su publicación en el calendario tuvo como objetivo que el lector no olvidara aquella contienda y valorara *a posteriori* la conducta de quienes debían haber defendido a la nación.

El segundo artículo de Zamacois, originalmente publicado en *El Monitor republicano*, lleva por título "La Alegría. Carta del cesante don Benigno a su amigo Pánfilo escrita en México el 18 de octubre de 1847".⁹³ Es una sátira en la que un cesante, es decir, un burócrata despedido, narra en un tono de comicidad las desgracias que vivió cuando los norteamericanos tomaron la ciudad de México: fue confundido con los "revoltosos" que resistían al invasor en las calles, de tal manera que resultó golpeado y estuvo a punto de que lo ahorcaran en La Alameda. Finalmente fue a dar con sus huesos a la cárcel, acusado de sedicioso. La víctima concluye con la solicitud a su amigo Pánfilo de que le envíe ayuda económica y alguna prenda usada. Es probable que la verdadera intención de publicar esta inocente misiva fuera la de llevar al lector a reflexionar so-

⁹²Tercer calendario impolítico..., 1855, p. 68.

⁹³El Monitor republicano, México, 10. de junio de 1848, p. 2.

bre la lacra que siempre había representado para el país la abultada e ineficaz nómina de empleados que vivían de la hacienda pública y que, por entonces, para lo único que servían era para adular a "Su Alteza Serenísima".

Otro impresor que en esa época tocó de alguna manera el tema de la guerra fue Vicente Segura; en su *Primer calendario de las señoritas mexicanas para el año de 1855* incluyó "Una escena en la invasión norteamericana", bajo la firma de Anselmo de la Portiella.⁹⁴ Por el público al que iba dirigida, se trata de una historia de corte romántico sin mayores implicaciones políticas. El texto narra las peripecias de una pareja de enamorados que se ve obligada a separarse porque el galán decide ir al encuentro del enemigo; muere acibillado en la acción de Chapultepec y la dama, adolorida al descubrir el cadáver de su amado, decide quitarse la vida.

VIII

La deposición del dictador como resultado de la revolución de Ayutla dio acceso al poder al partido liberal que instrumentó la "Reforma", política encaminada a destruir los fueros de la Iglesia y del ejército. Se inauguró entonces una etapa histórica en la que la lucha partidista, al radicalizarse, se tornaría todavía más violenta, hasta decantar en una encarnizada guerra civil.

En ese ambiente político se multiplicó el número de calendarios en circulación, algunos de los cuales haciendo uso de la libertad de expresión llevaron a José Zorrilla en 1855 a calificar una parte de ellos como "inmoral, estúpida e indocta", pues se injuriaba a gobernantes y a "todo tipo de reputaciones".⁹⁵ Es en este contexto cuando ciertos calendaristas retomaron el tema de la infausta guerra con Estados Unidos. Así, tenemos que en el *Cuarto calendario impolítico*

⁹⁴Primer calendario de las señoritas mexicanas para el año de 1855, arreglado al meridiano de México. México: Imp. de Vicente Segura, 1854, p. 38.

⁹⁵Cit. en Quiñones, "Calendarios", p. 121.

y *justiciero* y en el de Juan R. Navarro, ambos para el año de 1856, se incluyó otra pieza de Zamacois titulada "Mejicanos y yankees en el barrio de la Palma".⁹⁶ En esa obra se destaca la actitud de ese vecindario, que participó activamente en el levantamiento a la llegada de los invasores a la capital, y que se distinguió por su hostilidad permanente hacia el ejército de ocupación.

El autor empieza por refutar a quienes en el extranjero denigran a los mexicanos, calificándolos de cobardes por haber sido derrotados en la contienda bélica. Declara que quienes lo han dicho no conocen el país, ni mucho menos:

... las causas que hacían imposible el triunfo de la justicia de parte de una nación a cuyos hijos les sobra valor personal, sufrimiento en los trabajos de campaña, y constancia en los reveses. El triunfo de los norteamericanos fue un triunfo sin gloria, debido a los disturbios que desunían a los mexicanos y de ninguna manera a las armas contrarias.⁹⁷

Agrega que, además de ese factor que operó en su contra, los mexicanos tuvieron que dividir sus fuerzas, caminar largas distancias y enfrentar contingentes muy superiores, lo que ejemplifica —aunque utilizando cifras exageradas—, con las acciones de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec. Señala que por ser español puede mirar con sangre fría los acontecimientos de esa campaña pero, sobre todo, porque fue testigo del entusiasmo que reinaba en el Peñón y de la valentía de que hizo gala el pueblo mexicano, ya que a pesar de no tener un jefe que lo dirigiera, durante tres días no cejó en su lucha contra los invasores en las calles de la ciudad de México.

Con esta representación Zamacois también pretende demostrar que nunca menguó la hostilidad de los capitalinos hacia los soldados norteamericanos. La trama se desarrolla en una casa de vecindad don-

⁹⁶Cuarto calendario impolttico y justiciero para el año bisiesto de 1856, arreglado al meridiano de México. México: Imp. de Juan R. Navarro, 1855, p. 32-41; Décimo calendario de Juan R. Navarro arreglado al meridiano de México para el año de 1856. México: Imp. del editor, 1855, p. 33-41.

⁹⁷Ibid., p. 32.

de se celebra una fiesta y, al son de *La Pasadita*, los personajes involucrados sostienen una conversación en este tenor:

Magdaleno:

Vaya este vaso, mi cielo,
Para alegrar la cabeza
Y bailar luego el Canelo.

Soledad:

¿Qué cosa es ello?

Magdaleno:

Cerveza.

Soledad:

¡Puff! Tírelo usted al suelo
Mejor mezcal Magdaleno
Y nada que a yankee huela:
La cerveza es un veneno:
Lo de México es lo güeno
Que lo demás no consuela.

Magdaleno:

¡Qué piquito! Bien lirada
De lo que jiede a gabacho
Aquí no queremos nada,
Pues todo nos causa empacho
Y al que es yankee puñalada
Guerra quere el extranjero
Y sangre ver derramar;
Yo le abriré un abujero
Aunque tenga duro el cuero
Y en su sangre ha de nadar
Porque harto estoy, *valedores*
De mirar a tanto perro
Mandarnos como señores
Cuando aquí tenemos jierro
Pa matar a esos traidores.

Miguel:

Silencio que si se mete
Algún yankee y oye...

Tremendo:

Cualquiera le arremete
Con el afilao *tranchete*
Le da... y se acaba el asunto
Que si alguno llega a entrar
Habrá la de Dios es Cristo,
Porque al momento le embisto
Le haré el menudo* arrojar.⁹⁸

La posición de Zamacois de no señalar culpables, sino de exaltar exclusivamente las virtudes de los mexicanos, destacando la actuación del ejército, de las guardias nacionales y de los sectores populares capitalinos durante la guerra, lleva a pensar que, para la fecha de publicación de esta pieza, el autor, a pesar de tender más al conservadurismo, pretendía contribuir, a través de sus escritos, a crear un clima de reconciliación.

En contraste, los liberales volvieron a utilizar la figura de Santa Anna para atacar a sus acérrimos enemigos políticos. Por ejemplo, el *Calendario caricato para 1856* presenta un diálogo titulado "Fundición para sacar conservadores y caballeros",⁹⁹ en el que hace una severa crítica a Santa Anna y su camarilla por haberse embolsado el importe de la indemnización pagado por Estados Unidos por la venta del territorio de La Mesilla; se ilustra con el primer cuadro de una estampa de caricaturas que lleva el nombre de "Su Alteza Serenísima" [il. 22].

Pedro de Urdimalas hizo lo propio en su calendario para 1856, con un artículo titulado "Compendio histórico de la vida del general Santa Anna".¹⁰⁰ En la introducción aclara que su objetivo es divulgar los rasgos de la trayectoria de este personaje "funesto que ha conducido a nuestra República al estado de pos-

⁹⁸Tripas. Nota del editor. *Ibid.*, p. 35.

⁹⁹*Calendario Caricato para el año bisiesto de 1856, arreglado al meridiano de México*. México: Imp. de Vicente Segura, 1855, p. 46-56.

¹⁰⁰*Calendario de Pedro de Urdimalas con la historia del general Santa Anna para el año bisiesto 1856*. Editor responsable José María Barbosa. México: Imp. de M. Murguía y Cía., 1855, p. 40-63.

tración en que se encuentra". En el calendario del año siguiente, seguramente en respuesta a la demanda del público, el editor presenta otro texto titulado "El general Santa Anna a la faz de sus compatriotas",¹⁰¹ con la advertencia de que:

... no estará por demás el presentar a los pueblos que han sido víctimas de este hombre funesto, los rasgos más notables de su vida política y militar, para que nuestros compatriotas lo acaben de conocer y no sean engañados de nuevo por él ni por sus paniaguados, que son los únicos que desean su gobierno, a cuya sombra únicamente pueden medrar y vivir en la opulencia a costa de la gente trabajadora.

Un escritor de nuestros días ha dicho: "la historia de México pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna, ya promoviéndolas por sí mismo, ya tomando parte de ellas excitado por otros, ora trabajando para el engrandecimiento ajeno, ora para propio; proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando un partido para oprimirlo y anonadarlo después y levantar al contrario, teniendo siempre como en la balanza, su nombre hace papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya a través de todas las alternativas que unas veces lo han llevado al poder más absoluto, para hacerlo pasar enseguida a las prisiones y al destierro".¹⁰²

La similitud de ambas biografías nos hace suponer que son del mismo autor, aunque en la segunda se aprecia una mayor libertad al intercalar acres comentarios respecto al comportamiento del personaje en diversos pasajes de su vida, y en particular cuando refiere cada una de las acciones bélicas en las que participó durante la guerra con Estados Unidos. El autor concluye que en todo momento el general Santa Anna procedió en aquella contienda en función de las expectativas del gobierno de Washington. Para

¹⁰¹Segundo calendario de Pedro de Urdimilas para el año de 1857. Con un opúsculo titulado Santa Anna a la faz de sus compatriotas, adornado de una estampa con veinte cuadros. Editor responsable Mariano Trujillo. México: Impreso por Leandro J. Valdés, 1856, p. 27-54.

¹⁰²Se refiere a Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México: vce, 1985 [ed. facsimilar a la 1a. de 1852], t. 5, p. 686-687.

ilustrar a sus lectores, De Urdimalas ofrece al final de ambos ejemplares una estampa litográfica, cada una con veinte cuadros, que ilustran los diferentes momentos de la actuación del famoso caudillo [ils. 23, 24, 25].

Finalmente, con la clara intención de que sus lectores hicieran memoria de lo que muy probablemente les había tocado vivir, el *Calendario de la democracia para 1857* incluyó en su página "Notas cronológicas" los diferentes eventos de la guerra, desde el inicio de la invasión hasta la salida del ejército norteamericano, puntualizando cada una de las derrotas sufridas y señalando los años que distaban de esos acontecimientos.¹⁰³ En la misma sección, pero del *Primer calendario magnético* para ese año, aparece una nota alusiva que dice textualmente: "De la invasión de los americanos para obligar a México a cederle la mitad de su territorio... 12 años".¹⁰⁴

Al parecer, a partir de ese año decayó el interés de los calendaristas por atender cuestiones de actualidad y, según se observa, el tema de la guerra empezó a desaparecer; en cambio, se empezaron a privilegiar en sus contenidos los "episodios de historia sagrada, anécdotas simplicas y sentencias morales".¹⁰⁵

Conclusiones

¹⁰³*Calendario de la democracia para 1857, tercero de su publicación*. México: Impreso por Leandro J. Valdés, 1856, p. 1.

¹⁰⁴*Primer calendario magnético para el año de 1857, en el cual se da una idea del magnetismo y modo de aplicarlo*. Editor propietario Tomás S. Gardida. México: Imp. de Juan R. Navarro, 1856, p. 1.

¹⁰⁵Quiñones, Mexicanos..., p. 58-60.

La pesquisa de los materiales relativos al conflicto bélico México-norteamericano en los calendarios publicados durante la década inmediata a aquel hecho permite, en principio, identificar a editores y/o impresores que trataron el asunto y los que no lo hicieron. Es notorio que los grandes o más reconocidos empresarios se abstuvieron de abordar en forma decidida en sus calendarios la cuestión de la reciente conflagración. Sin dejar de lado la consideración de que el ambiente político de aquellos años condicionó el

ejercicio de la libertad de imprenta, se pueden apuntar algunas razones de su conducta, entre otras, su visión mercantil. Si su prioridad era vender, los contenidos del calendario debían ser aceptables para todo público; hablar de la guerra implicaba necesariamente una toma de posición y, con ello, excluir posibles lectores. Además, algunos de ellos tenían otro tipo de publicación, como el periódico, en el que obligadamente se expresaba la postura política del editor, y que estaba destinado a un sector específico. Otra explicación pudiera ser que, al igual que varios intelectuales connotados de la época, no quisieran ahondar la herida y simplemente se negaran a escribir al respecto. En consecuencia, decidieron mantener la línea tradicional del calendario.

En contraste, algunos editores no tan encumbrados o conocidos, a excepción de Galván, atendiendo a su deber patriótico, incluyeron en sus calendarios noticias sobre la contienda bélica, con lo que iniciaron en México la modalidad de tratar cuestiones de actualidad en este tipo de publicación. Ya no pretendían, como hasta entonces, sólo ofrecer artículos que hablaran de un pasado remoto, de hechos históricos que ya no estaban a discusión; la urgencia era contribuir a la construcción de una memoria crítica nacional para transformar la realidad. Las colaboraciones sobre la materia dan cuenta de la conciencia histórica de que participaron estos editores.

La decisión de divulgar este tipo de noticias a través de aquellos "librejos" dirigidos a un vasto sector de la población, no sólo de la ciudad de México sino también de los estados, indica el valor utilitario que los editores le asignaron a la historia, en particular a aquella que les había tocado vivir: explicar el pasado para entender el presente y prever para el futuro. Asimismo, hicieron patente su preocupación porque el mensaje que deseaban transmitir fuera accesible para el gran público, ése que si bien fue testigo de los acontecimientos, ignoraba su significado y trascendencia.

Algunos editores no tan encumbrados o conocidos, a excepción de Galván, atendiendo a su deber patriótico, incluyeron en sus calendarios noticias sobre la contienda bélica, con lo que iniciaron en México la modalidad de tratar cuestiones de actualidad en este tipo de publicación.

Es notorio el énfasis que algunos articulistas ponen en la ausencia de memoria histórica, aun entre los actores políticos. Por ello se proponen que sus lectores tomen conciencia de la realidad o, lo que es lo mismo, actúen de inmediato y remedien los graves males que la conflagración vino a dejar en evidencia, misma que echó por tierra la ilusión generada por la gesta independentista de que México era ya una nación y que tenía infinitas potencialidades.

A partir del conocimiento concreto del "otro", es decir, del vecino del Norte, ahora más fuerte y cada vez más amenazador, los colaboradores hacen patente su reafirmación del "yo" y, sin eludir los vicios y defectos, buscan afanosamente las virtudes, con lo que asientan su genuino amor a México. Oscilando entre el pesimismo y el optimismo sobre el destino de la nación y dejando de manifiesto la lucha partidista en que participan, los autores exhortan a sus compatriotas a analizar las posibilidades reales para reconstruir a la patria, y coinciden en que para lograrlo es necesario crear un modelo propio, adecuado a su propia experiencia histórica. De ahí la advertencia de que dejan esos testimonios de lo ocurrido durante la intervención a las generaciones futuras para que "jamás olviden" ese hecho tan relevante, de tal manera que aprendan la lección, no repitan los errores y sigan el ejemplo de aquellos mexicanos que observaron una conducta digna y cumplieron con su deber.

Es significativo que al lado de los héroes y de los antihéroes —personalidades militares, religiosas y civiles— que deberán recordarse, se coloque también, como sujeto de la historia, al "pueblo", así de genérico como lo que en nuestros días se ha dado en llamar "sociedad civil", para referirse a los sectores pobres de la población capitalina, ya fuera por su actuación en la lucha de resistencia, o bien por su comportamiento amistoso con el ejército norteamericano. En fin, para algunos editores el pueblo, la gente común y corriente, adquirió un papel protagónico en

la historia, y es justo a ese público que lee poco al que se dirigieron. De ahí que los testimonios se hayan presentado bajo diversas formas, que iban desde la narración histórica formal hasta las coplas callejeras. Ese afán didáctico se comprueba con el hecho de que algunos editores hayan incluido imágenes para ilustrar los textos. Muchos calendarios que han llegado hoy a nuestras manos no contienen las estampas, lo que es un indicio de que esas instantáneas, no obstante su pequeño formato, fueran coleccionadas o hubieran ido a parar a las paredes de casas y comercios como parte de su decoración, convirtiéndose así en un constante recordatorio de lo ocurrido. Si así fue, esos calendarios se constituyeron en un efectivo medio de divulgación de la conciencia histórica sobre la guerra con Estados Unidos.

A fines de los años cincuenta del siglo XIX, el tema de la intervención norteamericana dejó de revestir interés para los calendaristas, quizá porque los más inclinados a tratarlo eran de filiación liberal radical, cuyo proyecto seguía el modelo del vecino del Norte. Así ha sido desde entonces: depende del grupo que detente el poder el rescate o el olvido de esa historia.

Es posible que por considerarse a los calendarios como "literatura popular", las síntesis históricas sobre el tema hayan sido menospreciadas por los especialistas, de tal manera que no figuran en las bibliografías ni tampoco se les considera como material para estudio historiográfico. Sin embargo, las narraciones deben ser contempladas como parte del acervo de lo que Álvaro Matute denomina "conciencia histórica temprana de la invasión norteamericana", puesto que reúnen los elementos fundamentales para su análisis: fuentes, interpretación y estilo. Asimismo, el acercamiento a estos artículos plantea otros retos, como el del anonimato, que obliga al investigador a comparar el texto a fin de descubrir al autor, saber si fue copiado, o al menos ubicar otros espacios en que haya sido reproducido.

Es posible que por considerarse a los calendarios como "literatura popular", las síntesis históricas sobre el tema hayan sido menospreciadas por los especialistas, de tal manera que no figuran en las bibliografías ni tampoco se les considera como material para estudio historiográfico.

En cuanto al otro tipo de inserciones relativas a la guerra, presentadas en una variedad de formas, adquieren por sí mismas la calidad de "documento", al que el estudioso del hecho, de la época, o de otras disciplinas como la literatura o la historia del arte, puede inquirir y obtener múltiples respuestas y sugerentes temas de investigación.

En fin, la propuesta tiende a la recuperación de los contenidos sobre la intervención norteamericana en los calendarios de mediados del siglo XIX y a considerarlos como parte de nuestro valioso legado histórico.

Para la realización de este trabajo fue fundamental el acervo del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, por lo que deseo agradecer a Liborio Villagómez su disposición e interés para darme acceso a los materiales. Asimismo, mi reconocimiento a Genaro Díaz de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, a Susana Morales del Centro de Estudios de Historia de México CONDIMEX, y a Carlos Arellano de la Biblioteca del Instituto Mora, quienes me facilitaron la consulta y reproducción de los calendarios de sus respectivos fondos. Finalmente agradezco a Laura Suárez de la Torre, coordinadora del proyecto CONACYT-Instituto Mora "Empresarios-editores de la Ciudad de México 1830-1855", la autorización para consultar su base de datos, que resultó de gran utilidad para la localización de las fuentes.

Introducción

El interés de presentar esta selección de imágenes reproducidas en los calendarios publicados en la ciudad de México en la década que va de 1846 a 1856, y que ilustran los artículos y otro tipo de inserciones relativas a la guerra librada entre México y los Estados Unidos, es mostrar la importancia que los editores de la época concedieron a ese hecho tan trascendente para el país y la forma en que asumieron la grave responsabilidad de crear conciencia entre sus lectores y dejar memoria de lo ocurrido.

Si bien hubo una importante producción de imágenes más elaboradas de la guerra en grabado, litografía y pintura al óleo, es poco probable que el pueblo las haya conocido; sin embargo aquellas que fueron publicadas en los calendarios, obras de carácter popular, debieron ser más familiares, hasta llegar a suponer que formaban parte de la decoración de casas y comercios.

Hay que recordar que el calendario era considerado como un "libelo", un documento de poca importancia por su carácter utilitario, de modo que sus ilustraciones, la mayoría en litografía en negro y un tanto *naif*, no eran valoradas como documentos históricos. El primero que las utilizó fue Antonio García Cubas en *El libro de mis recuerdos*, quien seguramente conservaba un buen número de calendarios. Estudios posteriores, que han salido a la luz en razón de las conmemoraciones de la intervención norteamericana, han utilizado las imágenes de los calendarios para ilustrar sus trabajos y, por lo general, sin dar mayor información al respecto.

Este suplemento recoge 25 ilustraciones ordenadas cronológicamente, e igual número de textos que les sirven de complemento. Se ofrece al lector un material poco conocido que puede servir para revalorarlo como una fuente más para la historia de aquella guerra oprobiosa y de la gráfica mexicana del siglo XIX.

LAURA HERRERA SERNA

"Se presentaba majestuosamente en la esquina de la calle de Plateros y Portal de Mercaderes, un hermoso arco triunfal de buen gusto, y con mucha elegancia [...] presentaba algunas inscripciones alusivas a este acontecimiento [la entrada triunfal de Santa Anna en septiembre de 1846.] En el remate del arco se presentaba entre nubes un grupo, compuesto de un soldado y joven con blusa y cachucha, ambos sosteniendo un cuadro de la Constitución de 1824. La representación del pueblo mexicano en este traje extranjero es de muy mal agüero para los mexicanos; o fue un necio quien no supo presentar lo que debía, o un sabio en indicarnos que tienen algún gato encerrado.

"Los remates de este arco, estaban adornados con banderas tricolores y algunos gorros de la libertad de color encarnado, quizá eligieron este color tan vivo, para que nuestra vista perciba mejor, que debemos ser libres y jamás olvidar este derecho, que nos ha dado la naturaleza". (López..., 1847, p. 57).



ARCO TRIUMFAL

1

"Arco triunfal"

*Noveno calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
y antes publicado en Toluca para el año de 1847. 2a. ed.*

Imprenta del autor, calle de Donceles junto al número 18 (contraportada).

[...]

Yo vi en las manos de la Patria mía
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la vi rebosar en alegría.

Yo vi a las grandes e ínclitas naciones
En un tiempo feliz llamarla amiga,
Y ella, depuesta el asta y la loriga
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el Palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

[...]

Esas mismas naciones que algún día
Con rosas coronaron tu cabeza
Hoy te burlan ¡oh Patria! con vileza
Y todas te escarnecen a porfía.

¿Cómo es, dicen soberbias, que humillada
Sin trono está la reina de Occidente?
¿Quién la diadema le arrancó a su frente?
¿En dónde está su formidable espada?

Sus hijos sin pudor y afeminados
Se espantan del cañón al estallido,
Y de las balas al fugaz silbido
Huyen sus capitanes y soldados.

¿En dónde está su orgullo y ardimiento?
Sus laureles ¿en dónde sus hazañas?
Son como viles y quebradas cañas
Que abate el soplo de un ligero viento.

[...]

Otros burlan también nuestros errores
Abran su historia y cállense sus labios:
No volvamos agravios por agravios,
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

[...]

Allá en la soledad la Patria mía
Siempre estará presente en mi memoria:
¿Cómo olvidar su congojosa historia
Y no sentir su llanto y agonía?

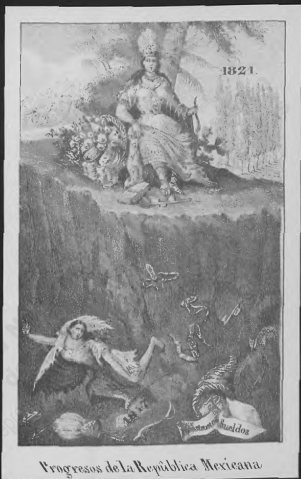
[...]

Los viles e insolentes pretorianos
Desgarraron tus leyes con la espada,
La toga venerada fue pisada
Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! sin Curios ni Catones,
Ha sido tu destino lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

[...]

(Manuel Carpio, fragmentos de "México en
1847", en *Galván...*, 1849, p. 47-51).



2

"Progresos de la República Mexicana"
Calendario de Calván, para el año bisiesto de 1848.
Librería núm. 7 del Portal de Mercaderes, p. 42 bis.

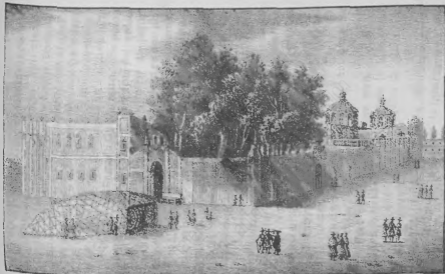
"El héroe de Tixpehual [Matías de la Peña y Barragán] inventa una tortuga o momaña ambulante, como [Ulises] inventa el caballo de Troya [...]"

"Sobre cuatro juegos de coche, estaba formada una máquina de guerra. Colocado sobre este aparato pies derechos de madera, y vigas transversales, sobre éstas descansaban multitud de colchones, simétricamente puestos, los cuales se hallaban cubiertos con arpilleras que caían por el frente y los costados, formados con sacos de arena, que llegaban hasta el suelo y cubrían enteramente todo el tren interior. Todo el aparato tiene el aspecto de un montón de costales, o una tortuga, y por el frente parece la cabeza de un terrible bagre, los costales y colchones están sujetos con un tejido de reatas semejante a las barcinas de la paja. Entre los juegos de coche y los sacos, queda un espacio en que apenas cabe un hombre. En el frente y los costados se hallan unas troneras, por las cuales ha de vomitar fuego este dragón de coloquio [...] Los habitantes de la gran México, concurren en tropel a ver un invento que servía de risa, a cuantos trataban de divertirse [...] 'Lo verdaderamente gracioso es, que suponiéndola un armazón de arpilleras y lana, un espantajo ridículo, temblarán a su vista y le llamarán los señores generales trémulos, estufa de fuego o máquina infernal. ¿O entendimiento fecundo en visiones para que se ría de ti la posteridad?' Acompañaban a este tren diez cañones de artillería, de palo pintados de verde, y todo esto iba a servir para tomar a Palacio por asalto una noche". (López..., 1848, p. 52-54).

Sin duda habréis comprendido
El ente de que yo os hablo,
De esta máquina que el diablo
A los Polkos inspiró
Digo ese carro ambulante
Esa portátil trinchera De Belcebut...
¡Qué sé yo!

¡Qué balas despide! ¡Puf!
A montones, a millares,
Y bombas a centenares;
Milagros hace por fin.
Viene en ella presidiendo
El jefe de nuestros días

El glorioso Don Matías
De modo, que lo primero
Que se ha de ver en el carro,
Es el general bizarro
Cual Ángel de procesión,
Con el semblante apacible
Y extendidas las alas...
Y dicen que allí las balas
Respetan su posición. (P. 48-51).



La trinchera ambulante.

"La trinchera ambulante"

*Décimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
y antes publicado en Toluca para el año bisiesto de 1848.*

Imprenta Tipográfica del autor,
calle de Donceles junto al núm. 18, p. 52 bis.

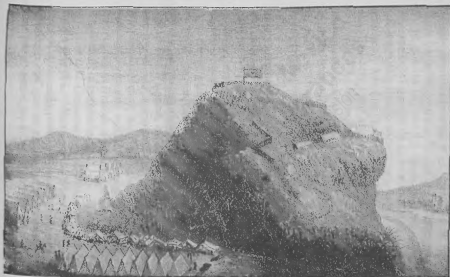
"El terrible estallido de una pieza de artillería de a 16, a las dos de la tarde del día 9 de agosto, y al mismo tiempo el toque de generala, por todas las bandas del ejército que se había reunido en México, nos anunciaron que el enemigo había emprendido su marcha para esta capital, con todos sus trenes de guerra [...]

"México se hallaba muy fortificado, desde el Peñol viejo, hasta más adelante de San Cosme, todo el lado del sur de la ciudad. Los parapetos, trincheras y fosos, se hallaban hasta dentro de la capital, presentando un aspecto imponente, esta línea fortificada, que comprendía lo menos una área de cinco leguas; la fortificación empleada en esta vez, era sin duda para resistir un ejército de cincuenta mil hombres.

"Al día siguiente salen todas las tropas permanentes y las guardias nacionales siguientes: Mina, Victoria, Hidalgo, Independencia, Unión, Bravos, etc. El Peñol se fortifica y parecía inexpugnable, el entusiasmo se aumentaba cada día, el espíritu público se reanima, y parece que la unión se ha efectuado. El ejército mexicano podía valerse en 30 mil hombres, con las guardias nacionales [...]

"El ejército enemigo estaba con esta fuerza: 14 mil soldados; de 4 a 5 mil adictos, y un poco más de doscientos poblanos de caballería de sus auxiliares. Éstos traían en los sombreros unos especíes de San Benitos, o trapos encarnados, quizá para que desde lejos nos libráramos de ellos.

"El enemigo entró al valle de México, pasó junto a la fortaleza del Peñol, como un cuarto de legua de distancia, y se le dejó que se pasara hasta las lomas de Contreras..." (López..., 1848, p. 59-60).



Fortificación del Peñol

"Fortificación del Peñol" [Peñón]

*Décimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
y antes publicado en Toluca para el año bisiesto de 1848.*

Imprenta Tipográfica y Litográfica del autor,
calle de Donceles junto al núm. 18, p. 60 bis.

"Día 27 [de agosto de 1847]. Poco antes de las siete de la mañana llegaron a enfrente de Palacio ciento dos carros, de los americanos, para proveerse según el art. 7 del armisticio. Se formaron simétricamente y los custodiaban cosa de cuarenta dragones.

"Poco después de las ocho y media, pasó el Viático por enfrente de los carros, todos los mexicanos se hincaron menos los yankees, y vieron la estufa sorprendidos, con la mayor indiferencia, y por último no le hicieron ninguna reverencia. La gente pobre y algunos clérigos, empezaron a poner en movimiento a los concurrentes, y a maldecir públicamente a los yankees. Casi enseguida unos muchachos empezaron a tirarles unas pedraditas, a un cochero que estaba junto a la cruz que está frente al Sagrario. El aspecto de este cochero era risible y enojado con esta clase de juguete, formaba un contraste que a todos divertía.

"Como a las nueve y media empezaron a andar los carros, con dirección a la calle de Plateros. Al octavo carro que pasaba por enfrente de la torre que mira al Empedradillo, empezaron la diversión antes dicha de los muchachos, después siguieron la mujeres, continuó la plebe y acabó con tomar parte alguna gente decente. En este momento decían que era una estratagema militar para tomar la capital, permitida por el gobierno. En este instante se enfurece todo el pueblo y acomete contra los carros. Todo era confusión: una lluvia de pedradas eran regaladas a cada cochero. No pudiendo resistirlas un cochero en las mulas, caía al suelo, para volver a su asiento a que le quebraran las costillas. La escolta no podía contener el alboroto, y la plebe acometió al mismo tiempo contra ellos, gritando mueran los yankees, muera el general Santa Anna por traidor. La plaza contendría más de treinta mil personas de ambos sexos, unas en observación y otros apedreando; de manera que ya los últimos carrros parecía nublarse el sol, de la multitud de piedras que les arrojaban.

"En la primera calle de Plateros era el espectáculo más horroroso y terrible. Un pobre cochero corriendo, enclavijaba las manos y gritaba: Mexicanos soy irlandés, soy cristiano y enseñaba un rosario gordo que traía al cuello. Las piedras le llovían al infeliz, lo tiran de las mulas, pasa su mismo carro sobre él; en seguida otro, y entre los mayores tormentos, este desgraciado dejó de vivir. A este tiempo aparece el general D. Joaquín de Herrera, y se lanza en medio de aquel torbellino, reprende al pueblo, y le dice que sean valientes en el campo de batalla, pero que con el indefenso sean humanos. Este hombre contuvo al momento el desorden". (López..., 1848, p. 63-65).



El Pueblo apedrea los Carros.

"El pueblo apedrea los carros"

*Décimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
y antes publicado en Toluca para el año bisiesto 1848.*

Imprenta Tipográfica y Litográfica del autor,
calle de Donceles junto al núm. 18 (contraportada).

"Segundo entremés." [Carta del General Gabriel Valencia, República de México.- A Señor Santiago, El cielo.]

"Querido amigo.- Remítete con el dador de ésta tu caballo blanco, aquel soberbio animal que tanto te sirvió en la batalla que tuviste en España con los moros; tu mejor espada, la que usaste cuando mataste tantos indios mexicanos en la calle de Tacuba, (cuento vulgar) en la conquista de Hernán Cortés; de esto sólo depende vindicar mi honor, que se halla en la presente a riesgo de perderlo y esto me privará para ser presidente de la República; te diré mi desgracia: hallándome en una soberbia batalla contra los herejes del Norte [Padierna], habíamos comenzado la acción, y furioso en la campaña, me abría paso por entre los enemigos con mi temible espada, para desmenuir que no sólo era para la tesorería, sino para el invasor; pero por desgracia, llevaríamos cinco minutos, cuando mi caballo, sin que yo se lo mandara, dio frente a retaguardia con un valor inimitable, acometió y corría como el viento y mis esfuerzos eran inútiles para contenerlo; el animal buscaba al enemigo por el rumbo opuesto, y a mi me alejaba del campo de la gloria. Mi separación era en cuanto al cuerpo; pero mi corazón lo había dejado en el campo de batalla: quería matarlo; pero mi espada se me hacía una melcocha y no podía herirlo; sin embargo, me puse en manos de la suerte para encontrar algún remedio en esta situación; repentinamente paró el caballo en larma, como si una mano poderosa lo hubiera contenido: cuál sería mi desesperación cuando me encontré fuera del campo de la guerra y con la espada hecha una charamusca. Inmediatamente di orden para que se castigara al caballo, se le formara consejo de guerra, y se le aplicara la pena al culpable. Qué dices, hermano, si tengo razón para desear un caballo y una espada como la tuya.- Tu atento compañero."

Respuesta. "Querido compañero: No te puedo remitir mi caballo y mi espada, por haberla prestado a uno de tus compañeros que hoy se halla en..... No tengo aquí más a mi disposición que el burro en que cabalgó nuestro Señor Jesucristo y entró triunfante en Jerusalén, con el cual puedes vindicarte y entrar en gloria y majestad en México, pues hoy allí se conforman con todo. Si te conviené, aquí lo tienes a tus órdenes.- Tu compañero y amigo." (López..., 1849, p. 37-38).



Por el rumbo opuesto atacó al ene-
migo.

"Por el rumbo opuesto atacó al enemigo"

*Décimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
y antes publicado en Toluca para el año bisiesto de 1848.*

Imprenta Tipográfica y Litográfica del autor,
calle de Donceles junto al núm. 18 (forros).

"... el general Scott para contener un tanto a los que disminuían sus soldados, mandó azotar a los que cometían esta falta y a los ladrones rateros [...] El primer castigo recayó en Flores, por haber tirado un tiro con bala a un americano [...] algunos trozos de tropa de infantería [...] formaron un cuadro enfrente de la puerta principal de palacio; en el segundo farol que está junto a los cimientos de la pirámide, su pie es de hierro, y en éste, como a la altura de cerca de tres varas, amarraron un palo atravesado en forma de cruz, con unos cordeles en las extremidades. Estando todo así dispuesto, cubrieron las bocacalles de la plaza, Monterilla, Plateros y Arzobispado, con unos trozos de caballería con la carabina en mano. Salieron de palacio la dotación de soldados para las dos piezas de artillería [...] toda la tropa puesta en la plaza sería mil quinientos hombres. Se colocaron en sus respectivos lugares en la aptitud de batirse [...] sacaron del cuartel en que estaba el regimiento de los Supremos Poderes a tres desgraciados, y unos americanos los condujeron hasta el lugar señalado [...] Con la mayor moderación le quitaron el sarape, después la camisa, y enseguida le amarraron las manos de las extremidades de los cordeles que tenía el palo trasversal, y lo amarraron de la cintura contra el pie del farol. A continuación un yankee con toda la fuerza posible, y con la entereza de una furia, con un chicote de los carreteros, le plantó en las espaldas veinticinco latigazos, tan terriblemente dados, que estamos persuadidos, que si a nuestro Señor Jesucristo, este americano le da doscientos, sin duda alguna muere nuestro Divino Maestro, en cuanto hombre, y se le ahorra llevar la cruz al Calvario. La víctima gritaba con todas sus fuerzas; pero a la manera que iba aumentando el número de azotes, iba perdiendo la voz; cuando habían llegado a los dieciocho, ya el ejecutado había perdido los sentidos, y parecía que estaba muerto; pero el ejecutor continuó su oficio con la mayor indiferencia. Desatado este hombre desgraciado del aparato, cayó súbito al suelo sin sentidos. En este momento decían algunos: este es el fruto que recibe el pueblo por los gobiernos que no han cumplido con su deber; han huido vergonzosamente, primero que sacrificarse por su patria." (López..., 1849, p. 46-48).



Los azotes dados por los Americanos.

7

"Los azotes dados por los americanos"

*Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México
y antes publicado en Toluca para el año de 1849.*

Imprenta del autor,

calle 3a. de Santo Domingo junto al núm. 1, p. 48 bis.

"El general americano empezó a castigar a sus soldados por las muchas quejas que recibía de las demasías que cometían. En la Alameda amarraban de las manos a los soldados contra de un árbol, y los tenían allí medio colgados dos o tres días, les daban de alimento pan y agua... Tenían en los cuarteles unos caballetes de madera y allí los montaban resistiendo el sol y el agua, por espacio de seis u ocho días. A otros les ponían las forquinas, unos collares de hierro con unos picos tan grandes como unos cuernos de carnero; estos collares pesaban de seis a veinte libras y les imposibilitaba el poderse acostar para dormir. A otros los subían arriba de un barril, colgándoles del cuello una botella, permaneciendo todo el día en una misma situación; jamás vimos que apalearan a los soldados públicamente, como tan sin compasión, un cabo de escuadra atrea a un soldado mexicano, como si condujera a un burro". (López..., 1849, p. 48).



Castigos que daban à los Americanos.

"Castigos que daban a los americanos"

Duodécimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México, antes publicado en Toluca, para el año de 1849.

Impreso en la 3a. calle de Santo Domingo (forros).

“La cosa más sorprendente y curiosa era ver y asistir a esta clase de honores fúnebres, que estos hombres en medio de un país enemigo tributaban a los restos de sus valientes compañeros. Había tres clases de entierros [...] describiremos [...] los que pertenecían a la iglesia protestante. La procesión mortuoria se ordenaba del modo siguiente, abría la escena la música, y ésta tocaba unas composiciones fúnebres; enseguida, los tambores y pitos tocaban unos redobles [...] tras de esto continuaban diez o veinte soldados con las armas terciadas, el número de éstos dependía de la categoría del muerto; enseguida un carro y dentro de éste el ataúd o cajón donde iba encerrado el cadáver, si era de caballero junto del carro iba un americano esurando un caballo, el cual llevaba las botas puestas en los estribos, la espada y carabina del difunto, y para concluir cerraba aquel acompañamiento, veinte o más americanos sin armas que iban como de dolientes; mientras más grande la dignidad del muerto, mayor el número de todo el acompañamiento, y por último, el sacerdote protestante a caballo. Marchaban con mucho espacio en el mayor silencio, como si llevaran el objeto más delicado.

“Habiendo llegado al lugar donde estaba hecha la sepultura, paraba el carro como a la distancia de treinta varas distantes de la fosa, los soldados que iban con armas se formaban horizontalmente enfrente a la distancia como de cuatro varas; entonces el sacerdote mandaba sacar el cajón del muerto del carro, y esto lo hacían los soldados que iban de acompañamiento; se quitaba el sacerdote el sombrero y los demás la cachucha, prorrumpía éste en alta voz en un estilo declamatorio, una oración elevando sus manos al cielo con un gran interés y fervor; cuando habían llegado colocaban el ataúd con el mayor cuidado dentro de ella. Entonces el sacerdote mirando al cielo, comenzaba una larga oración tan enérgica, tan patética, tan interesante, en un estilo el más triste y expresivo, que hacía conmover a los asistentes americanos en el extremo que les vimos correr las lágrimas por sus mejillas más de una vez; a la mitad de esta oración cogía una pala y echaba al difunto tres veces una poca de tierra, y continúa su ferviente oración hasta concluirla; inmediatamente los soldados que llevaban las armas hacían tres descargas seguidas; a continuación otros americanos cubrían el cajón de tierra y se retiraba toda la comitiva: este ceremonial duraba más de media hora [...]

“Toda la tierra para ellos está hendiada; en todas partes es para ellos lo mismo, y por esta creencia enterraban a sus muertos en la Alameda, quemadero de San Lázaro, La Viña, el Paseo Nuevo, por San Antonio Abad, en el jardín de Palacio, &c., &c.” (López..., 1849, p. 49-51).



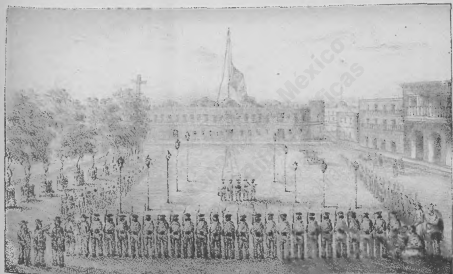
Entierro de los Americanos.

"Entierro de los americanos"

*Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México
y antes publicado en Toluca para el año de 1849.*

Imprenta del autor,
calle 3a. de Santo Domingo junto al núm. 1, p. 50 bis.

"El día 12 fue el destinado a la desocupación de la capital por el ejército americano: sus tropas desde las cinco de la mañana empezaron a colocarse en forma de batalla en los costados del Portal de las Flores y Catedral, y una batería de 10 piezas ocupó el costado del Portal de Mercaderes, dando su frente al Palacio Nacional; el Sr. general D. Rómulo Díaz de la Vega, comisionado al efecto por el Supremo Gobierno, mandó situar una batería de 4 piezas al lado derecho de Palacio con 42 tiros, cuyos artilleros eran los valientes del batallón nacional de Mina: a las seis de la mañana fue saludado el pabellón de las estrellas por la batería americana con 30 tiros y por la mexicana con 21; después de haber descendido aquél, se izó el pabellón tricolor de México, que fue igualmente saludado por ambas baterías, y en ese momento le presentaron las armas todos los cuerpos norteamericanos, emprendiendo la marcha y desfilando frente a Palacio. Una brigada del general Worth permaneció dentro de este edificio hasta las ocho y media de la mañana: a las nueve quedó completamente evacuada la capital por el ejército de los Estados Unidos del Norte. Innumerables patrullas de los batallones de la guardia nacional velaron por la tranquilidad pública en ese día y los siguientes: no hubo desorden de ninguna clase, merced a la infatigable vigilancia del Sr. gobernador y jefes de los mencionados cuerpos". (*Calendario de Ontiveros para el año de 1849*, p. 50).



Enarbolan el pabellón Mexicano.

"Enarbolan el pabellón mexicano"

*Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México
y antes publicado en Toluca para el año de 1849.*

Imprenta del autor,
calle 3a. de Santo Domingo junto al núm. 1 (contraportada).

"[El] general Scott [...] hizo saber a México, que a sus expensas sería mantenido el ejército. Faltó así este general a la palabra que dio a los habitantes de esta ciudad, ofreciéndoles que ellos y sus propiedades quedaban bajo la garantía de su honor, del de su ejército, y del de la nación a que pertenecía..." (Rodríguez... 1849, p. 5-6).



Mayor General Winfield Scott .

Nació el 13 de Junio de 1786.

"Mayor General Winfield Scott. Nació el 13 de junio de 1786"
Calendario de Antonio Rodríguez, para el año de 1849,
arreglado al meridiano de México.
Tipografía de J. R. Navarro,
calle de Chiquis núm. 6, p. [2.]

I.
Las huestes enemigas triunfantes en Contreras
de Churubusco atacan la fuerte posición,
y doquiera se muestran en columnas guerreras.
En medio al estallido del hórrido cañón.

Cual rayo desprendido de célicas regiones
se lanzan orgullosos de nuevo a combatir;
el grito de los *hurra*s que arrojan las legiones
remeda en el espacio los vientos al rugir.

[...]

Del Bravo e Independencia los nobles voluntarios,
un día que a la patria les toca defender,
esparcen con denuedo la muerte en los contrarios,
presentan descubiertos sus pechos a vencer.

[...]

Mas ay! que la fortuna fatal como el destino
de México abandona la enseña tricolor;
a una injusta causa se adhiere de continuo
y entrega a los valientes al luto y al dolor.

[...]

II.

La dulce patria los mira
con entusiasmo lidiar;
triste América suspira
cuando tanto esfuerzo admira
y el triunfo no ve alcanzar.

Las coronas que tenía
para ceñirlas su cien
con la gloria de este día,
en su brazo las veía
en sangre tintas también.

La blanca frente rechina
nublada con el dolor
y la causa no adivina
del rayo que Dios fulmina
contra sus hijos de amor.

El gran libro de la historia
abierto en el suelo está
y en sus páginas de gloria
han de pasar con memoria
los hechos que fueron ya.

Las armas que por el suelo
la suerte supo esparcir,
muestran sin fruto el anhelo
del patriótico desvelo
en la contienda al reñir.

Los héroes que contemplaban
de América la aflicción,
sus armas le presentaban
y del combate escuchaban
tronar el ronco cañón.

[...]

En medio de sus dolores
de Anáhuac la virgen bella
esparce en los campos flores,
y con recuerdos de amores
abre de gloria otra huella.

Aunque esquivo la victoria
se mostró con el valiente,
nunca muere su memoria
porque en las nubes, de gloria
alza entre lauros la frente.

[...]

En Churubusco vagando
cien sombras la patria ve,
mientras ella suspirando
va en la mente repasando
la historia de lo que fue.

En sus páginas espera
los hechos que brillo dan
colocar con fe sincera,
para que admire otra era
del patriota el noble afán.

[...]

Si en Churubusco lidiaron
los valientes que murieron,
memoria eterna dejaron
y en las aras se abrasaron
del genio que defendieron.

[...]

(“Churubusco. 20 de agosto de 1847”, fragmentos, en *Ontiveros...*, 1849, p. x-xiv).



Churubusco, 20 de Agosto de 1847.

"Churubusco, 20 de agosto de 1847"

Calendario de Ontiveros para el año de 1849.

Lo publica Santiago Pérez.

Imprenta de la calle del Ángel núm. 2,

bajos del Tribunal Mercantil (contraportada).

[...]

Chapultepec levantaba,
ceñida de parapetos,
la frente al cielo contraria:
Chapultepec al estruendo
de la metralla enemiga,
confiando en estos guerreros,
arroja al campo contrario
sus cien granadas de fuego,
y saluda a la victoria
con entusiasmo de lejos,
mil laureles esperando
tomar de sus manos; pero
la victoria se mostraba
con grave y fruncido ceño.

[...]

Muerden los héroes la tierra
de la fortuna al despecho,
aumentando a cada instante
de la patria el triste duelo,
que al espacio en alaridos
trasmiten los raudos vientos.

Chapultepec que contempla
tantos héroes en el suelo,
solitario sus baluartes,
los bélicos instrumentos
sin voz que suene los aires,
sus fuertes muros deshechos,
y a la legión enemiga
trepando a paso violento
del cerro por los costados,
en vano busca en su seno
los bravos que antes lidiaban
de la patria al llamamiento,
mas ay! que los busca en vano
porque los buenos murieron.

Chapultepec al conflicto
de tan infausto momento
vacila... tiembla... y se rinde
ante un contrario altanero.

Su pabellón que ondeaba
majestuoso en alto puesto,
la tierra besa humillado
de nuestra patria en desprecio.

En su lugar otra enseña
ocupa usurpado asiento,
que en rabia ardiendo maldicen
los moribundos guerreros,

y al cielo piden venganza
de los valientes en premio...
Las enemigas legiones
apenas logran su objeto,
cuando avanzan en columnas
y por caminos diversos
de las tropas mexicanas
la reserva persiguiendo,
que en retirada disputa
con entusiasmo el terreno.

De Belén en la garita
encuentra los parapetos,
y la reserva combate
con el más vivo ardimiento,
hasta que cejan los yankees
del campo a muy largo trecho
la gran calzada sembrando
por todas partes de muertos.

Mas de nuevo sus columnas
vuelven con mayor empeño
por los arcos protegidas
que ofrecen fácil sendero,
y cuyas piedras caían
como metralla en el suelo.

Después de una lid reñida
y siendo en vano el esfuerzo,
el jefe anciano del punto
lo abandona en breve tiempo,
salvando con los cañones
sus soldados y artilleros...

Poco después se mostraba
la noche con manto negro
para cubrir de la patria
el rostro triste y sangriento.

El sol del siguiente día
brilló con pálido fuego:
el pabellón enemigo
del Palacio en alto puesto
cubrió de oprobio a la patria
y a los patriotas guerreros.

[...]

Mas ¡ah! sus sombras augustas
maldicen con odio eterno
de septiembre el trece infausto
que inspira triste recuerdo.

("México el 13 de septiembre de 1847", fragmentos, en *Ontiveros...*, 1849, p. 25-29).



Garita de Belén. 12 de Septiembre de 1847

"Garita de Belén, 13 de setiembre de 1847"

Calendario de Ontiveros para el año de 1849.

Lo publica Santiago Pérez.

Imprenta de la calle del Ángel núm. 2,
bajos del Tribunal Mercantil, p. 24 bis.

“¡Ah! Si queremos dejar de ser lo que hemos sido y llegar a ser lo que debemos, reformémonos, y pronto. Estimulemos, protejamos el trabajo, y convidemos a nuestro prolífico seno a azadoneros como el que tenemos a la vista, en cuyo semblante están pintadas la salud del cuerpo, la fortaleza del alma, la laboriosidad y el tesón para triunfar de la naturaleza y dar impulso a la sociedad”. (*Cumplido...*, 1849, p. 66).



14

"El colono norteamericano"
Decimocuarto calendario de Cumplido para el año de 1849.
Imprenta y Estereotipia del editor,
calle de los Rebeldes núm. 2, p. 66 bis.

"Los restos mortales de Frontera, Cano, Pérez y Xicotencatl se encontraban ya en la iglesia de Jesús Nazareno. A las nueve de la mañana, en medio de un concurso numeroso del pueblo que llenaba las calles, una descubierta de caballería de la Guardia Nacional abrió el séquito fúnebre: el lúgubre sonido de las campanas gemía en los aires con eco lastimero. La guardia alemana seguía a aquella dividida en guerrilla; detrás iba la guardia francesa con las armas a la funerals, y los oficiales llevaban en el brazo izquierdo su crespón negro correspondiente. Seguían después cuatro piezas de artillería servidas por los nacionales del Mina, y el resto del batallón marchaba tras ella en mitades. Los cuerpos voluntarios de Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravo enseguida marchaban a paso regular y con las armas a la funerals; el batallón Victoria precedía una brillante música. Los alumnos del colegio militar iban a continuación, y uno de ellos portaba una bandera negra con la siguiente inscripción: *A los que murieron por la patria*, delante de los cuales iba el preste y el acólito. Seguían las cuatro cajas que contenían los restos de Frontera, Cano, Pérez y Xicotencatl; cuatro sargentos llevaban cada una sobre sus hombros, y las cajas mortuorias estaban adornadas con enseñas militares. Tras ellas rodaba un carro fúnebre, encima de cuya vestidura negra posaba una águila dorada de formas regulares, que detenía con su garra la cortina mortuoria de aquel y un estandarte: el carro llevaba una cauda negra que estaba sostenida en sus extremidades por varios mutilados, compañeros en desgracia de aquellas víctimas: en la cauda se leían varios letreros blancos, que recordaban los nombres de algunas funciones de armas, como también el número de los que en ellas murieron. A continuación seguía un séquito numeroso de inválidos, cuyo triste cuadro ofrecía a la vista un espectáculo grandioso de los esfuerzos, que en desorden se habían hecho por la patria para arrancar a la fortuna los laureles de la victoria, y para alejar de su frente cualquier nota de ignominia: estos inválidos portaban una banderola negra en la mano, sobre las cuales se leía el nombre de alguna víctima. Detrás iban cuatro caballos enjaezados. Luego el tercer regimiento Ligero con armas a la funerals, precedido de cuatro maceros vestidos de negro. Seguían los profesores y alumnos de los colegios de San Ildefonso, San Juan de Letrán, San Gregorio, Seminario y Minería; multitud de particulares vestidos de luto: muchos jefes y oficiales del ejército y Guardia Nacional: el Exmo. Ayuntamiento y otras corporaciones: los Exmos Sres. secretarios de Relaciones, Justicia y Guerra presidían el duelo.

"El séquito fúnebre se dirigió por las calles de la plazuela de Jesús hacia el Palacio Nacional, dio vuelta por frente de Catedral, siguiendo por las calles de Plateros, Profesa y Correo hasta la esquina de San Francisco, y tomando por la calle de Santa Isabel continuó hasta llegar al Panteón de Santa Paula". (*Quiéveros...*, 1850, p. 49-50).



Vista tomada en la esquina del Montepío y puente de S.^{ta} Francisca.

**"Vista tomada en la esquina de Montepío y
Puente de San Francisco"**

Calendario de Ontiveros para el año de 1850.

Lo publica Santiago Pérez.

*Imprenta de la calle del Ángel núm. 2,
bajos del Tribunal Mercantil, p. 45 bis.*

Llegaron los yankees
A Chapultepec,
Y una Margarita
Para allá se fue.

Muy llena de gusto
Vino para acá,
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Apenas llegaron
A la capital,
Y las Margaritas
Los rodeaban ya.

Ofrecen sus casas
Comienzan a entrar,
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Una Margarita
De estas del portal,
Se fue con un yankee
En coche a pasear.

Le decía monona,
"Mucho bueno está"
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Ya las Margaritas
Hablan el inglés,
A todo responden
Mi no entiende que es.

Imitan de todo
Sea chino o sultán
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Ya las que se fueron
Ya les ha pesado,
Porque en Veracruz
Me las han echado.

Aunque se dilaten
Ellas volverán,
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Todas las niñitas
En la Bella Unión,
Bailaban alegres
En grande reunión.

Parecían señoras
De gran calidad,
Y a la pasadita
Tan darín darán.

Música de orquesta
En la Bella Unión,
La tenían dispuesta
En toda ocasión.

Se decían gustosas
No se acabará,
Y a la pasadita
Tan darín darán.

(López..., 1850, p. 64).



"Unión de las Margaritas"

*Duodécimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México,
antes publicado en Toluca, para 1850.*

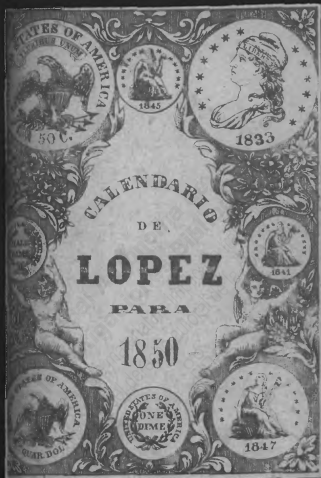
Impreso en la 3a. calle de Santo Domingo (contraportada).

"La demostración más clara de lo que la República ha perdido con el tratado de paz, es el adjunto mapa topográfico que acompañamos; la parte que lleva de colores [...] demarca el antiguo límite y el últimamente concedido". (López..., 1850, p. 62).



"Croquis del mapa de la República Mexicana, señalando el límite antiguo y el nuevo demarcado por el art. 5.º del tratado de paz"
Duodécimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México, antes publicado en Toluca, para el año de 1850.
 Impreso en la 3a. calle de Santo Domingo, p. 62 bis.

"... ponemos en los forros, las monedas de los [norteamericanos], y un grupo de ellos, para los que no los hayan conocido, y no les coja de nuevo cuando haga¹¹ su segunda venida". (López..., 1850, p. 62).



["Monedas de los norteamericanos"]

Duodécimo calendario de Abraham López, arreglado al meridiano de México, antes publicado en Toluca, para el año de 1850.

Impreso en la 3a. calle de Santo Domingo (portada).

"... ponemos en los forros [...] un grupo de [norteamericanos], para los que no los hayan conocido, y no les coja de nuevo cuando hagan su segunda venida".
(López..., 1850, p. 62).



19

[“Un grupo de norteamericanos con señoritas”]
Duodécimo calendario de Abraham López para 1850.
Impreso en la 3a. calle de Santo Domingo (forros).

“En el día, gracias al poder del oro, que ha formado tantas reputaciones más n menos sólidas, la California ha venido a ser el más célebre país de las cuatro partes del mundo, y aun de la Oceanía, como dicen los geógrafos elementales. El siglo XIX tiene su *El Dorado*; y después que hicimos mofa de la ciega codicia que conducía los aventureros europeos al Perú, nos hemos poseído de las mismas ridículas quimeras: el siglo XVI podía aún justificarse de haber corrido semejantes riesgos, si se consideran los ricos galeones que España recibía de la América meridional; mientras que, para excitar nuestro entusiasmo, ha bastado la noticia de algunos puñados de arenas de oro, hallados en las orillas del *Sacramento*, y de algunas muestras, grandes como avellana, del precioso metal encontrado en el desecado lecho de los torrentes que descienden de la Sierra Nevada.

“Cuando se ha visto a las personas que no tenían nada y a las que, más codiciosas todavía, no tienen jamás lo bastante, arreglar su equipaje y embarcarse con la esperanza de despertar millonarios, entonces se ha gritado por todas partes con furor: ¡California! ¡California! como en otro tiempo los cruzados decían al dirigirse hacia el oriente ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Se han equipado navíos para ir a la conquista del vellocino de oro, y se han formado sociedades *comanditarias* para la explotación de los valles de San Joaquín y del Sacramento: no sé si se habrá establecido un diario que pretenda constituirse en Pedro el Ermitaño de esta cruzada hacia el país del oro.

[...]

“La California, vendida recientemente a los Estados Unidos no tiene aún ni gobierno local, ni fuerza pública ordinaria; y en estas regiones, separadas de la civilización por desiertos, el derecho del más fuerte impera como ley suprema. En consecuencia los que buscan oro no tienen más recurso contra las violencias y despojos, sino su rifle y valor.

[...]

“He aquí *El Dorado* que, de dos años a esta parte, forma sueños de oro en las imaginaciones aventureras. Además de esto, no pondremos en cuestión si, para conseguir una dudosa fortuna en esas regiones, en medio de singulares fatigas, de miserias algunas veces mortales, y de codiciosas y despiadadas pasiones, valga la pena atravesar los mares e introducirse en los desiertos.

“No! la tierra de la prosperidad no está tan lejos; ella se encuentra a nuestro lado, en el seno mismo de la patria; y el amor al trabajo, la perseverancia, el orden y la economía nos aseguran tesoros mucho más ciertos que los de California, cuyos ofrecimientos pueden ser engañosos con alguna frecuencia”. (*Ortiveros...*, 1851, p. 40-45).



Los aventureros en las márgenes del Sacramento de California

20

"Los aventureros en las márgenes del Sacramento de California"

Calendario de Ontiveros para el año de 1851.

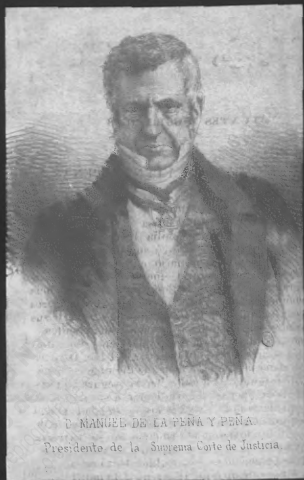
Lo publica Santiago Pérez.

*Imprenta de la calle del Ángel núm 2,
bajos del Tribunal Mercantil, p. 40 bis.*

"... en 1847, después de haber sucumbido la capital, ocupando la silla presidencial por prescribirlo así la Constitución, reorganizó el gobierno y evitó la disolución del cuerpo social; por lo que el Congreso nacional le acordó un voto de gracias.

"Convencido de la imposibilidad de la continuación de la guerra con los Estados Unidos del Norte, firmó con dolor, pero con resignación, el tratado de paz de Guadalupe, sobreponiéndose a la grito de los partidos y escuchando sólo la voz de su conciencia.

"El día 3 de enero de 1850 falleció de un ataque de apoplejía ulcerosa, haciéndose en sus exequias los honores de capitán general, decretados por el Congreso para el caso de fallecimiento del presidente de los poderes supremos". (*García Torres...*, 1851, s. p.).



"D. Manuel de la Peña y Peña. Presidente de la Suprema Corte de Justicia"
Calendario de Vicente García Torres para el año de 1851.
Tipografía del editor,
calle del Espíritu Santo núm. 2 (contraportada).

—En sus enormes panzas leerás quiénes son.

—El letrero dice conservadores.

—Pues bien, ellos son: agiotistas, ministros y periodistas de incensaria que se han arrojado sobre los millones de La Mesilla, ocupado en arrojar al buque de vapor lo que le ha producido la venta de una parte de su patria, para volver después a la vida oscura del hogar doméstico, que han abandonado por hacer el favor a sus conciudadanos de limpiarles su casa de un montón de tierra que la perjudicaba.

—Cosa que ningún ladrón se lo podrá echar en cara, pues como dice Quevedo:

Toda esta vida es de hurtar,
No es el ser ladrón la afrenta,
Que como este mundo es venta,
En él es propio robar.

Nadie verás castigar
Porque roba plata o cobre;
Que al que azotan es por pobre,
De suerte, favor y bazas
Que sólo roba el que roba, triunfa y manda.

—Goce el infeliz de la gota de agua [el dinero que tomó Santa Anna de la aduana de Veracruz cuando salía en su último exilio] que lleva a país extranjero; y nosotros reparemos sus desciertos y procuremos de cuanto esté de nuestra parte, que la patria sea lo que está llamada a ser por los elementos de riqueza que encierra en su seno.

—Sí; y entonemos al partido de las conservas, y al hombre al que incensaron la siguiente canción:

El que robó sin reserva
Y se dio a sí mismo honores,
Y con los conservadores
Disponía de la conserva;
El que secó hasta la yerba
De su infelice nación,
Hoy huye como un ladrón
Lleno de oprobio y mancilla;
Mas llevando La Mesilla
Por delante, hecha doblón.

(“Fundición para sacar conservadores y caballeros”, *Calendario Caricato...* 1856, p. 46-56).



"Venta de la Mesilla. Gotas de agua"

Detalle

*Calendario Caricato para el año bisiesto de 1856,
arreglado al meridiano de México.*

Imp. de Vicente Segura,
calle de la Cadena núm. 10, p. 57.

"El general Urrea a quien había prevenido Santa Anna que avanzase por lo interior del país con una división, derrotó el 21 de febrero una partida de texanos en San Patricio; el 14 de marzo derrotó otra cerca de Goliad, y el 19 tomó el fuerte, habiéndose rendido a discreción el coronel Fanin con más de 300 soldados, a quienes se les garantizó la vida, y el día 20 una partida que había podido escaparse del fuerte, se rindió a discreción después de un reñido combate en el Encinal del Perdido. Este mismo general ocupó el 15 de abril el fuerte de Matagorda, que había sido abandonado por los rebeldes y el 22 a Brazoria. De esta manera se posesionó el ejército mexicano de gran parte del país hasta el camino viejo de Nacodoches; Santa Anna que veía a la vanguardia del ejército triunfar de los disidentes por todas partes, creyó ya nada se le opondría al paso, internándose en el territorio texano, semejante a un ebrio que camina desatentado a la orilla de un precipicio y sin saber a donde dirige sus pasos, ni conocer el peligro que le rodea. En medio de ese frenesí que se había apoderado de él, cometió uno de aquellos hechos infames y crueles que ni aun entre los mismos salvajes, faltos de toda civilización, se cometen; uno de aquellos hechos atroces que cubren de inmundicia a quien lo comete. Hemos dicho que el coronel Fanin con más de 300 soldados se rindió en Goliad, habiéndoseles garantizado la vida; pero el vil y pérfido Santa Anna, faltando a uno de los derechos más sagrados de la guerra, y sin ningún motivo que hiciese excusable su villano proceder, mandó que todos fuesen fusilados: en vano algunos de sus oficiales horrorizados de un hecho tan cruel le hablaron a favor de aquellos desgraciados, haciendo los mayores esfuerzos para ablandar el corazón del tirano". (*Urdimalas...*, 1857, p. 37).



*Santa Anna manda fusilar a Fanin y sus
compañeros. 1836.*

23

"Santa Anna manda fusilar a Fanin [Fanning] y a sus compañeros. 1836"

Estampa núm. 2 del Cuadro Histórico del general Santa Anna, 2a. parte.
Segundo Calendario de Pedro Urdimalas para el año de 1857. Con un opúsculo
titulado Santa Anna a la faz de sus compatriotas,
adornado de una estampa con 20 cuadros.

Impreso por Leandro J. Valdés, calle de Chiquis núm. 6.

"No pasó mucho tiempo sin que el fuego de los rifles texanos lo despertase de su criminal sueño, y sin tener tiempo más que para medio vestirse, salió de la tienda y vio los efectos de su presunción y descuido: nuestros soldados eran acuchillados por todas partes por el enemigo, y el imbécil general en lugar de ponerse al frente de sus batallones y perecer con ellos, ya que no se podía otra cosa, montó en un caballo que le prestó un asistente y se internó en un bosque para salvar su vida. Entre tanto que Santa Anna se ocultaba cobardemente, los soldados huían en desorden por todas partes; unos se internaban en el bosque, otros se arrojaban al río y perecían ahogados, y muchos se metían en un gran pantano de donde no podían salir, mientras que los enemigos cebaban su rabia y encono en los infelices que alcanzaban. Al día siguiente Santa Anna, que había pasado la noche ocultándose entre unos matorrales, fue descubierto por los soldados texanos y hecho prisionero, sin que éstos supiesen quién era, hasta que él mismo se dio a conocer al general Houston: muy pocos soldados de los dispersos pudieron llegar al campamento de Filisola, quien mandaba la retaguardia y que aún no había pasado el río Colorado, a llevar la noticia del funesto desastre de San Jacinto.

"Al día siguiente de la prisión de Santa Anna, ofició éste a Filisola previniéndole que el general Gaona que mandaba una sección [...] marchase para Béjar y Urrea para Ciudad Victoria, porque él había acordado con el general Houston un armisticio [...] El general Filisola tuvo la debilidad de obedecer esta orden, aunque tenía fuerzas suficientes para vencer al enemigo y aunque sabía la enorme responsabilidad que pesaría sobre él, sólo pensó en salvar al general presidente, cuya vida estaba sumamente expuesta.

"[...] Santa Anna había celebrado el 14 de mayo en Velasco un convenio bastante vergonzoso con el presidente de Texas, David G. Burnett, por cuyo convenio el ejército mexicano debía evacuar el territorio de Texas, cesar las hostilidades por mar y tierra, y ser puesto en libertad el general presidente. Se dice que éste más bien debió su libertad y la vida a la consideración que tuvieron los texanos, de que siendo Santa Anna para México una perpetua tea de discordia, volviéndolo a su patria les facilitaría llevar a cabo las miras que tenían sobre el territorio de Texas. El general Filisola reconoció este convenio, que dio por nulo el gobierno, reprochando a este general su obediencia como contraria a la ordenanza.

De este modo el territorio de Texas quedó desocupado por nuestras tropas y cuando el general Urrea tomó el mando del ejército, no contaba con ningunos recursos para proseguir la campaña. El general Santa Anna fue puesto en libertad algunos días después". (*Urdimalas...*, 1857, p. 38-39).



Santa Anna prisionero en Tejas, firma un tratado vergonzoso. 1836.

"Santa Anna prisionero en Tejas, firma un tratado vergonzoso. 1836"
Estampa núm. 3 del Cuadro Histórico del general Santa Anna, 2a. parte.
Segundo Calendario de Pedro Urdimales para el año de 1857.
Con un opúsculo titulado Santa Anna a la faz de sus compatriotas,
adornado de una estampa con 20 cuadros.
Impreso por Leandro J. Valdés, calle de Chiquis núm. 6.

"Después de esto [declarar en Huamantla que continuaría la campaña contra el enemigo cuando se rehiciera el ejército] Santa Anna recorría con una partida de soldados parte de los estados de Veracruz y Puebla, hasta que una noche del mes de enero de 1848, estuvo a pique de caer en poder de los americanos en Tehuacán: entonces ya se determinó a dejar el país (que ojalá y nunca lo hubiera vuelto a pisar) y habiendo conseguido del general Scott un salvoconducto para poderse embarcar sin riesgo, se hizo a la vela en Veracruz para volver al cabo de cuatro años, a continuar sus rapiñas y maldades en este infortunado país, que él consideraba seguramente como su patrimonio". (*Urdimelas...*, 1857, p. 51-52).



Santa Anna escapa en Tehuacán de caer en poder de los Americanos. 1848.

25

"Santa Anna escapa en Tehuacán de caer en poder de los americanos. 1848"

Estampa núm. 12 del Cuadro Histórico del general Santa Anna, 2a. parte.

Segundo Calendario de Pedro Urdinabal para el año de 1857.

Con un opúsculo titulado Santa Anna a la faz de sus compatriotas, adornado de una estampa con 20 cuadros.

Impreso por Leandro J. Valdés, calle de Chiquis núm. 6.

